

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 15 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

El canto de las provincias Leopoldo Lugones
 El Uruguay en la Diplomacia internacional. J. Oscar Cosco Montaldo
 Al partir el tren J. Albertazzi Avendaño
 José M. Eguren: Sus mejores poesías (3).....
 El terror en Venezuela (1) Isidro Fabela
 «Diario de viaje de un filósofo» Rafael Cardona
 Las maletas de Keyserling E. Giménez Caballero
 América: vocación de crisol Jorge Mañach

«El hombre que parecía un caballo» Porfirio Barba-Jacob
 Resurrección de Arévalo Martínez Federico de Oms
 La protesta de Haya Delatorre
 Un estado de espíritu continental B. Sañin Canó
 Compañeros Esteban Pavletich
 Mensaje a *La Sierra* J. Guillermo Guevara
 «De la entraña» Corina Rodríguez de Cornick
 Tablero

Las provincias Unidas! Propóngome celebrarlas una a una, como si así las fuera estrechando, una por una también, sobre mi pecho de argentino.

Y es, primera, *Jujuy*, elevada con eminen- cia de bandera en su alto balcón andino; la pequeña Jujuy, cetrina y grave como un halcón de la cumbre. Y me parece que vuelvo a ver en los tiempos su valiente montonera de la patria, que parte al trote largo para el Alto Perú, perdiéndose en la inmensidad de los cerros y poniéndoles sobre la rispida frente su pequeña polvareda que el sol doraba como un penacho glorioso.

Y *Salta*, la de Güemes, que pareció decretarle estatua ecuestre para la eternidad, en aquella carta a Belgrano, pidiéndole caballos para la guerra gaucha: Ya verá V. E. el empeño de mi provincia en viéndose montada.

Y *Tucuman*, a la cual es necesario conservar su leyenda de sepulcro de la tiranía y cuna de la libertad, por lo bien que supo ganársela; Tucumán, que es todavía capital de la belleza patria, encarnada en la criolla pálida, romántica como sus tardes y tierna como la carne de sus diamelas. Porque fue desde entonces regalo de héroes el merecimiento de vivir—y de morir—bajo la caricia de unos ojos tucumanos.

Y *Santiago*, que el otro día no más, nos revelaba la estética gaucha con sus rústicos cantores y sus bailarines que parecían reconquistarnos el suelo a golpe de positivo talón. Santiago, cuyo símbolo eficaz es el árbol formidable de su selva, de corazón fácil para que le llegue hasta el fondo la abejilla de la miel, pero que para derribarlo hay que ponerle hacha un día entero.

Y *Catamarca*, la vieja tierra de la raza de bronce que dejó como desoladas acrópolis donde se lamenta el huracán de los páramos, aquellos pucaraos calchaquies desde los cuales parece dilatarse a la inmensidad su luto heroico, en ala de los cóndores, rebramada de fuerza.

Y la sobria *Rioja*, que por la dulzura de la indole, había cantado; la noble Rioja de la tradición y del parral, recostada al pie de su excelso Famatina, que parece remontarle sus sueños en blancura de nieve altísima, desvanecido ya en el azul, de punta al cielo como un inmenso diamante.

El canto a las provincias

=De *La Leyenda*. Buenos Aires =



Sarmiento

Y *San Juan*, que recordando la desgarradura del movimiento plutónico en que revierte la tierra con entrañable conmoción las substancias preciosas y útiles, engendra a Sarmiento, como quien pare una montaña.

Y *Mendoza*, la predilecta de San Martín, que volvería a hallarla igual para el empeño como cuando inició el paso sin parangón, abriendo a la libertad el camino de las naciones. Porque todo se dió para eso a la patria, desde la dama ilustre hasta el pobre

Leopoldo Lugones

negro cuyano, tan inocente todavía por su recién abandonada esclavitud, que el ingenioso capitán lo exaltaba, recomendándole que sableara bien, porque si caía prisionero los godos lo cambiarían por azúcar. ¡Qué sableara bien! ¡A quiénes se lo había dicho! He aquí que salen por el filo de la cumbre y que se precipitan por la cuesta, de cara a la inmensidad, arrebatados en la punta de la carga. Una rayada... Un relámpago... Un grito: «¡Tomá pa ashuca, godo viejo!» Y allí rodaba, partido en dos, el maturrango.

Y *San Luis*, la de Pringles, el paladín que repitió en nuestra historia aquello que los romanos tenían por más alto que el triunfo mismo: el gloria a los vencidos, conquistado por su heroica desesperación cuando se le acabó la tierra y se tira a las ondas en su caballo de pelea, y con ellas revuelto, parece que le reempluma el abollado morrión, volcada en vivas perlas la hervida espuma del mar.

Y *Corrientes*, para la cual el heroísmo es cualidad gentilicia y que por eso sería cuna de quien fué, como dormida en el canto ya tropical y en el ronco arrullo de torcaz silvestre con que parece quejarse, amoroso y gutural, el guaraní.

Y la valiente *Entre Ríos*, que, como resumiendo la historia patria, inicia la dolorosa reconstrucción sobre las ruinas coloniales, con el episodio romántico de Ramírez y la Delfina, para cerrarlo con la austera página en que el ilustre guerrero derriba la tiranía y con la misma espada firma la Constitución.

Y *Santa Fe* la laboriosa, que con el oro del trigal maduro nos asegura la prosperidad de la patria presente y con la esmeralda del verde trigal la esperanza de la patria futura.

Y *Buenos Aires*, la más ilustre, la que nos inauguró la patria en Mayo y por primera vez nos dió, en vez de una, dos grandezas.

Y *Córdoba*, que había ido dejando hasta ahora, como se deja a la madre, para el fin, por modestia y por ternura; Córdoba la universitaria, de quien podría decir tanto, pero a la que quiero solamente rendir aquella íntima florecilla del sentimiento que al inclinarse bajo el viento del otoño es, precisamente, más perfumada y más bella.

El Uruguay en la Diplomacia internacional

La actuación de sus representantes en la Conferencia de La Habana

Para quien haya pasado, en buena hora, del ingenuo estudio universitario, libresco y académico del «Derecho» internacional, al estudio político y realista de la «Diplomacia» internacional, no han sido las ponencias metafísicas y los debates «jurídicos», sino el juego de actitudes estratégicas de las distintas delegaciones asistentes a la VI Conferencia Panamericana reunida en la Habana, las que han suministrado el más precioso material de estudio respecto de la índole de este congreso y de los resultados obtenidos. Bien entendido que me refiero a las delegaciones latino-americanas—noveles en esta clase de certámenes—ya que se conocían perfectamente los «puntos de vista» de la delegación yanqui, muy bien definidos por cierto, con alguna anticipación—hace ya un siglo nada menos, vale decir, desde la declaración de la doctrina de Monroe—por el Departamento de Estado norteamericano.

Y bien: en mi carácter de ciudadano de América Latina, seguía con interés la actuación de todos los representantes de los países comprendidos en aquella denominación; pero, en mi carácter de ciudadano uruguayo, me interesaba conocer, sobre todo, la labor realizada por los delegados de mi país para saber en qué forma y medida el Uruguay defiende, no sólo su propio interés sino los del vasto grupo de naciones al que pertenece por su origen histórico y por los fuertes vínculos económico-políticos que a aquél grupo la unen.

Pero no quise emitir mi modesto juicio sobre la actuación de nuestros delegados hasta no conocer las propias declaraciones de éstos, porque los que no interpretamos los sucesos políticos e internacionales a la luz de los puntos de vista «oficiales» desconfiamos bastante, y no sin motivo por cierto, de la veracidad de las informaciones cablegráficas, no menos «oficiales».

Conocióse sin duda la actuación del delegado Dr. Jacobo Varela Acevedo. No podía ser otra que la que fue: absoluta neutralidad ideológica en su carácter de diplomático, procurando, sobre todo, contribuir a que no se plantearan «cuestiones enojosas» aunque fueran ellas, en realidad, las más importantes.

Conviene de paso decir que es precisamente en esta virtud neutra de la investidura diplomática que el Departamento de Estado norteamericano ha descubierto uno de los medios más eficaces para la realización de sus planes de hegemonía en América Latina, creando, a tal efecto, el organismo titulado Unión Panamericana sobre la base de que los miembros de la misma sean obligatoriamente los diplomáticos latino-americanos acreditados ante el gobierno de Washington.

Hace poco se despejaron también las dudas respecto a la intervención que le cupo a otro de nuestros delegados, el Dr. Leonel Aguirre. En efecto, el propio Dr. Aguirre, al cabo de una serie de artículos que publicó *El País* de Montevideo, terminó justificando, por razones económicas, las pretensiones de Estados Unidos de construir el Canal Interoceánico en Nicaragua, así como las intervenciones armadas en este país.

Faltaba conocer la palabra del otro representante del Uruguay, el Dr. Juan José Amézaga, para que nos fuera dable opinar, con pleno conocimiento de causa, respecto a las directivas ideológicas que inspiraron la acción de la delegación del Uruguay en el seno de la Conferencia. Y el Dr. Amézaga, llegado ya a Montevideo, nos despeja la última duda, manifestando, en un reportaje, su adhesión al punto de vista del de-

legado norteamericano Mr. Hughes, según el cual el principio de «no intervención» está limitado por el derecho que tiene un Estado de acudir en defensa de los intereses de sus súbditos en el extranjero o cuando su intervención sea solicitada por el mismo Estado intervenido—punto de vista sostenido, no sólo por los Estados Unidos—dice el Dr. Amézaga como fortificando su posición—sino por los delegados de Cuba, Perú y Nicaragua.

Y bien: que el representante de Cuba se oponga al principio de la no intervención alegando que la independencia de este país fue producto de una intervención—aunque para sostener semejante tesis olvide deliberadamente que fueron precisamente los Estados Unidos los que se opusieron a la expedición que, para emancipar a Cuba de España, organizara en 1826 el gran libertador Bolívar, el único que, hasta el presente, ha querido la verdadera independencia de la isla—no nos sorprende, porque siendo hoy Cuba, después de la Enmienda Platt, una factoría yanqui, por más que pretenda convencernos de lo contrario el «celo patriótico» del diplomático cubano Dr. Márquez Sterling, es Washington quien dicta las instrucciones.

Que el Dr. Maurtua, representante del Perú, sostenga la tesis de Mr. Hughes tampoco puede sorprendernos porque el Perú no puede colocarse frente a los Estados Unidos, desde el momento que del fallo de este país depende, por lo menos jurídicamente, la solución del viejo pleito de Tacna y Arica, sometido al arbitraje yanqui por Perú y Chile como consecuencia de la más desgraciada, imprevisora y culpable gestión que registra la historia de la diplomacia latino-americana y que ha puesto al Perú en el camino del vasallaje, cuya primera etapa ha sido ya cumplida con la enajenación, a los sindicatos yanquis, de las minas y el petróleo peruanos.

Que, finalmente, el delegado de Nicaragua, Sr. Cuadra Pasos se adhiera asimismo «entusiastamente» a los puntos de vista yanquis, a nadie puede tampoco sorprender porque Cuadra Pasos es el candidato de Norteamérica a la próxima presidencia de la República, propuesto, naturalmente, por quien gobierna en la actualidad a este desgraciado país y que no es otro que Adolfo Díaz, el mismo que en 1909 era modesto empleado, a 80 dólares mensuales, de la compañía norteamericana «La Luz y Los

Angeles Mining Company», y que en 1911 fuera Presidente de la República «por la fuerza moral de un acorazado norteamericano».

Que las delegaciones de estos países hayan pues prestado su adhesión entusiasta a la fórmula yanqui es perfectamente explicable; pero que ésta haya contado con el apoyo de la delegación del Uruguay, el país celoso de la soberanía de los pueblos, el apóstol del derecho en América y otros títulos no menos decorativos, es inexplicable, absurdo e irritante.

Que los delegados de mi país hayan obrado por inspiración propia o cumpliendo instrucciones de su gobierno, lo mismo dá. Lo indudable, es que ya es hora de que se informe al pueblo del Uruguay de lo que pactan, acuerdan o convienen sus gobernantes y su cancillería, que parecen entender que pueden dirigir la política exterior del país como cosa propia, sin consultar la opinión popular. Y no digo que se haya ocultado al pueblo el giro de las actividades diplomáticas porque, evidentemente, tal no ha sido nunca el propósito de nuestro P. Ejecutivo; pero no deja de ser flagrantemente contradictorio con los fundamentos de la democracia de que tanto se jacta el Uruguay el hecho de que la diplomacia oficial colabore con los planes de los Estados Unidos, cuando la inmensa mayoría de la opinión nacional, informada, por una parte, por la intelectualidad de vanguardia, y orientada, por otra parte, por ese instinto natural característico de las masas, ha consagrado al gobierno federal de los Estados Unidos como la más grave amenaza que se haya jamás cernido sobre nuestro destino de nación libre.

Sabemos que la fórmula de Mr. Hughes es la fórmula del imperialismo norteamericano, es decir, la fórmula del «monroísmo económico» como muy bien lo ha calificado García Calderón. No vamos a hacer, por cierto, la historia y el proceso de la «diplomacia del dólar», ni tampoco la historia de las intervenciones yanquis en Nicaragua, porque con ella llenaríamos volúmenes y más volúmenes.

Lo que interesa en cambio, fundamentalmente, es descubrir cuál ha sido la causa de que nuestra delegación en la Habana haya contrariado a la opinión nacional.

Estas causas no pueden ser sino tres: 1.º o los representantes del Uruguay ignoran la Historia, 2.º o han obrado contra sus convicciones para sostener el punto de vista oficial, 3.º o, aunque conociendo la Historia, se han dejado impresionar por la grandilocuencia y el énfasis de Mr. Hughes.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

La primera hipótesis, aunque muy posible respecto de algunos de nuestros delegados, no lo creo posible respecto de un profesor tan distinguido como el Dr. Amézaga.

La segunda hipótesis revelaría que no hay democracia en el Uruguay porque la democracia—no en uno de los tantos conceptos desnaturalizados y de uso electoral, sino en su concepto clásico original—es el gobierno del pueblo, por intermedio de sus representantes, que son los representantes de su voluntad.

La tercera hipótesis revelaría la fragilidad de convicción de los delegados de mi país, lo cual supone la grave responsabilidad de haber defraudado el mandato de la opinión nacional. Y, en este último caso, he aquí las preguntas que podría formular el Tribunal encargado de juzgar la actuación política de dichos representantes:

1.ª Pregunta.—¿Por qué la delegación uruguaya, al discutirse los Estatutos de la Unión Panamericana, se opuso al proyecto de la delegación mexicana que democratizaba la constitución del organismo estableciendo, en lugar de la Presidencia yanqui permanente, la presidencia rotativa anual entre los distintos países [de la Unión y la posibilidad de que los miembros de la misma no fueran forzosamente los ministros en Washington?

2.ª Pregunta.—¿Por qué la delegación uruguaya se opuso al criterio del delegado argentino Dr. Pueyrredón, según el cual deberían reconocérsele a la Unión «funciones políticas», apoyando en cambio nuestra delegación el anodino criterio yanqui de que a la Unión sólo deben reconocérsele «funciones jurídicas», con lo que se sigue manteniendo la inocuidad absoluta del organismo, de acuerdo con los planes del Departamento de Estado Norteamericano?

3.ª Pregunta.—¿Por qué la delegación uruguaya apoyó la capciosa fórmula yanqui según la cual «el principio de no intervención está limitado por el derecho que tiene un Estado—léase Norteamérica—de acudir en defensa de los intereses de sus súbditos en el extranjero, o cuando su intervención sea solicitada por el mismo Estado intervenido», sabiendo, como han debido saber los representantes del Uruguay, que ha sido ésta la fórmula justificativa de todos los atentados e intervenciones yanquis en nuestro Continente?

4.ª Pregunta.—¿Cómo pudo creer la delegación uruguaya en la altisonante afirmación de Mr. Hughes—destinada a ocultar en realidad la contradicción profunda entre los actos y las palabras de la diplomacia yanqui—de que «si Norteamérica ha intervenido en Nicaragua ha sido a solicitud de los dos partidos rivales de este país», cuando acabamos de ver que la Cámara nicaragüense ha rechazado el proyecto yanqui de intervención Mc. Coy para fiscalizar las próximas elecciones, a pesar de lo cual el Departamento de Estado norteamericano, pasando por sobre la ley y pisoteando la soberanía, ordena a su agente, el Presidente Díaz, que por un «simple decreto» resuelva lo que la Cámara se ha negado a resolver?

5.ª Pregunta.—¿Cómo el Dr. Amézaga y demás delegados del Uruguay pueden afirmar que nos encaminamos «hacia un nuevo derecho internacional americano» cuando Norteamérica ordena a Díaz que firme un decreto según el cual la Junta de Fiscalización será presidida por Mc. Coy quien «decidirá en caso de divergencias»; para el funcionamiento de cuya Junta será «esencial» la presencia de Mc. Coy, y el cual podrá hasta «actuar solo» cuando así lo conceptúe conveniente el Presidente Díaz, que es lo

mismo que decir el Departamento de Estado norteamericano?

6.ª Pregunta.—¿Cómo los delegados del Uruguay pueden afirmar que nos encaminamos «hacia un nuevo derecho internacional americano» cuando ni siquiera triunfó en La Habana el principio del arbitraje—del que el Uruguay ha sido apóstol—porque Mr. Hughes hizo introducir a este principio dos excepciones que lo anulan totalmente, o sea: 1.º—Que el arbitraje se acepte solamente para las diferencias internacionales «de naturaleza jurídica»; 2.º—Que, aún así, no deban ser sometidas al arbitraje las cuestiones que tengan que ser resueltas independientemente por los Estados, en ejercicio de su soberanía «y las cuestiones de jurisdicción doméstica», con lo que el Departamento de Estado norteamericano se reserva, siempre en definitiva, el derecho de hacer su omnimoda voluntad?

He aquí las principales preguntas que podrían formularse a los representantes del

Uruguay en La Habana y a las cuales no podrán responder, de seguro, satisfactoriamente.

De todas maneras, con la actuación del Uruguay en La Habana queda inscripto en la historia diplomática de nuestro país el triste antecedente de que sus representantes hayan formado junto a la diplomacia yanqui en oposición con sus hermanos de México y, en general, de la mayor parte de los países latino-americanos y, lo que es peor, en oposición con sus hermanos argentinos representados en la persona del ex-canciller Dr. Pueyrredón, el mismo que, cuando en una hora difícil para el Uruguay, es decir, cuando se temía la invasión de nuestro país por los alemanes de Río Grande comunicara a nuestro gobierno, en respuesta a una pregunta de nuestra cancillería, «que el ejército y la marina argentina estaban prontas para defender a su hermana Uruguay», gesto hidalgo que parece haber olvidado el gobierno, pero no el pueblo oriental.

J. Oscar Cosco Montaldo

Montevideo, Uruguay.

P. S.—Respecto al artículo sobre la actuación del Uruguay en la Conferencia de la Habana, debo confesarle que se me deslizó algún error de hecho, debido a la incompleta información telegráfica de la prensa respecto a dicho acto; error en el que no hubiera incurrido si hubiera conocido los hechos de que informo personalmente mi amigo el Dr. Amézaga, uno de los integrantes de la delegación uruguaya, quien me facilitó las actas de la Conferencia. No obstante, mi comentario permanece en pie pues los hechos aludidos no alteran en lo más mínimo las líneas generales de la actuación de la representación del Uruguay, tanto más cuanto que los dos miembros más influyentes, en cuanto a la investidura oficial—Varela Acevedo y Callorda—fueron los sostenedores de la política que ha merecido el unánime repudio de la opinión latino-americana. *J. O. C. M. (Fragmento de carta al Editor del Rep. Am.)*

Al partir el tren

Para Eugenia Torres

HABLAR a una mujer de talento—y el talento es su más preclara distinción—es siempre difícil tarea. No voy, para huir de esa dificultad, a hacer hipérbolos que la sutileza de su espíritu descontentaría, sino a grabar aquí constancia de la impresión que Ud. me deja, en la forma simple y llana en que lo haría un cronista más o menos sensato, para un periódico en cuyas columnas no alentara un plebeyo afán comercial.

De pronto.—Una mujer de una atracción singular que habla con los labios cantadores, con los ojos brujos, con sus manos que yo llamaría taumatúrgas, con la nerviosidad de su talle serpentino y en cuya frente—como signada en un eterno Miércoles de Ceniza—va la cruz de un destino fatal...

La recitadora.—No es una actriz de la recitación; no es tampoco, por más que ya se lo hayan dicho, un juglar; es, sencillamente, una recitadora, en cuanto este vocablo tiene de fidelidad y de nobleza en el reflejo del sentimiento: la serenidad y la limpieza del pozo de agua que copia—sin deformarlas—la flor que se asoma a su espejo y la estrella que baja a bañarse en sus ondas.

Nada de histerismos en el grito o en el gesto que escudan, a menudo, una flaqueza en la interpretación; nada de malabarismos circenses que extienden un puente entre la recitadora y la bailarina; nada de eso: cada palabra y cada idea con su calor, con su color, con su ademán.

Ah! sobre todo, no es una declamadora, es una genial recitadora. Por acá hemos oído a Julio Flores, a Chocano, a Santiago Argüello, a la Singerman—para no hablar sino de los mayores y de los exóticos—y

todavía seguimos viendo en las ágiles manos de Eugenia Torres, el cetro de oro de la recitación.

¿Y sus versos?—¡Qué bellos versos hace! No es dichosamente vanguardista. El vanguardismo—perdón por tamaña irreverencia—es para mí inequívoca señal de impotencia. Eugenia Torres es toda una Señora poetisa. Hay que oírle su *Una noche de terror* para entenderlo. No en balde imita el ritmo de la cascada quien lleva una cascada de armonía en el alma.

Un espíritu extraño.—No anda en cruzada fenicia como otros que se encomiendan en público a Apolo y sólo tienen una sincera devoción: la del áureo vellocino. Anda por América porque cree—y lo cree acertadamente—que su cantar de luz puede hacer algún bien a las multitudes del continente. Yo le he escuchado esta frase cuasi evangélica que la pinta: «Yo sé que he de concluir mis días por allí en una escuela rural, enseñando a los humildes para redimirme de este feo pecado de vanidad que me hace ir por los países buscando el aplauso de las gentes».

Y ahora...—Ahora ha terminado su crónica el cronista más o menos sensato y sólo le resta al amigo decirle su adiós. ¿Un adiós triste? Quizá. Las gentes que nos han comprendido y a quienes hemos comprendido, siempre se llevan algo de nosotros.

Adiós, alondra trashumante; que los grandes trasatlánticos te lleven siempre a playas propicias y que no recuerdes con amargura tus días en este suelo que te dió lo único con que sabe premiar a los elegidos: el calor de su corazón.

J. Albertazzi Avendaño

San José, Costa Rica,
9 Ste. 1928.

José M. Eguren: Sus mejores poesías

3.—Véanse las entregas 8 y 9 del tomo en curso.

=Tomadas y corregidas, del *Boletín Bibliográfico* de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos. Lima. Entrega correspondiente a diciembre de 1924.=

=De *La canción de las figuras*=

(Lima, 1916)

La niña de la lámpara azul

En el pasadizo nebuloso
cual mágico sueño de Estambul,
su perfil presenta destelloso
la niña de la lámpara azul.

Ágil y risueña se insinúa,
y su llama seductora brilla,
tiembla en su cabello la garúa
de la playa de la maravilla.

Con voz infantil y melodiosa
en fresco aroma de abedul
habla de una vida milagrosa
la niña de la lámpara azul.

Con cálidos ojos de dulzura
y besos de amor matutino,
me ofrece la bella criatura
un mágico y celeste camino.

De encantación en un derroche,
hiende leda, vaporoso tul;
y me guía a través de la noche
la niña de la lámpara azul.

Los ángeles tranquilos

Pasó el vendabal; ahora
con perlas y berilos,
cantan la soledad aurora
los ángeles tranquilos.

Modulan canciones santas
en dulces bandolines;
viendo caídas las hojosas plantas
de campos y jardines.

Mientras sol en la neblina
vibra sus oropeles,
besan la muerte blanquecina
en los Saharas crueles.

Se alejan de madrugada,
con perlas y berilos,
y con la luz del cielo en la mirada
los ángeles tranquilos.

Nubes de antaño

¡Nubes de antaño!
que vagaban sobre los quintanares
y encendían el estaño
de agujas y tejares.

Y de la plazuela, dulce grama,
donde las niñas antiguas
jugaban en el panorama
de las tardes exiguas.

Y traéis del oriente
ensueños distantes
o la dormida forma clarescente
en las tardes galantes.
¡Nubes de antaño!
que llenáis de dulces amores
y del goce extraño
de las hetairas flores.

Con las nacarinas alas
nos traéis al bosque del engaño.
¡Son noche de la noche vuestras galas
nubes de antaño!

Lied V

La canción del adormido cielo
dejó dulces pesares;
yo quisiera dar vida a esa canción

que tiene tanto de ti.
Ha caído la tarde sobre el musgo
del cerco inglés,
con aire de otro tiempo musical.
El murmurio de la última fiesta
ha dejado colores tristes y suaves
cual de primaveras oscuras
y listones perlinos.
Y las dolidas notas
han traído melancolía
de las sombras galantes
al dar sus adioses sobre la playa.
La celestia de tus ojos dulces
tiene un pesar de canto,
que el alma nunca olvidará.
El ángel de los sueños te ha besado
para dejarte amor sentido y musical
y cuyos sonos de tristeza
llegan al alma mía,
como celestes miradas
en esta niebla de profunda soledad.
¡Es la canción simbólica
como un jazmín de sueño,
que tuviera tus ojos y tu corazón!
¡Yo quisiera dar vida a esta canción!

La sangre

El mustio peregrino
vió en el monte una huella de sangre;
la sigue pensativo
en los recuerdos claros de su tarde.

El triste, paso a paso,
la ve en la ciudad dormida, blanca,
junto a los cadalsos,
y al morir de ciegas atalayas.

El curvo peregrino
transita por bosques adorantes
y los reinos malditos;
y siempre mira las rojas señales.

Abrumado le mueven
tempestades y Lunas pontinas,
mas, allí, transparentes
y dolorosas las huellas titilan.

Y salva estremecido
la región de las nieves sagradas;
no vislumbra al herido,
sólo las huellas que nunca se acaban.

Noche I

Es la noche de amargura;
¡qué callada, qué dormida!
la ciudad de la locura;
la ciudad de los fanales
clamorosos, de las vías funerales,
la mansión de las señales.
En mi estancia denegrida,
mustia, ronca, pavorida,
donde duermen los estantes;
ciegos libros ignorantes,
de la muerte con la esencia están los vasos;
y ora vienen, oran riman,
ora lentos se aproximan
unos pasos, unos pasos.
¡Triste noche!; baja bruma
de arrecida sensación el alma llena;
es la hora que me abrumba
con el vivo despertar de mi honda pena;
son las doce, la inserena.
Luna llora; viene aquí la muerta mía,
a la estancia de los tristes cielos rasos;
¡cómo llegan con letal melancolía!
¡ay, sus pasos! ¡ay, sus pasos!
Fué de luz tu madrugada,

fué dichosa; recorriste,
por la senda coloreada,
todo un sueño en esta vida que es tan triste,
todo un sueño en esta vida inconsolada.
Infantil y reidora,
noche nunca presintiera,
en el sueño tu alma aurora;
¡fué tu senda encantadora!
¡tu balada tempranera!
y hoy en noche aridecida siento gasos
¡ay, tus pasos! ¡ay, tus pasos!
Y después la puna helada
te vió enferma, nacarada;
y tus risas matinales
se volvieron tristes notas musicales;
y de Schuman vibraciones
de Chopin tribulaciones
diste al piano, con azules lloros lasos,
como suenan las canciones
de tus pasos, de tus pasos.
Y en tu pálida agonía,
me dijiste que vendría
tu alma a ver la mi esperanza que fenecía
en la muda librería
donde Sirio se obscurece;
tu alma a ver mi desventura,
mi ventana, la ciudad de la locura;
y en la noche quemadora de la mente,
sólo llegan, tristemente,
¡ay, tus pasos! ¡ay, tus pasos!

Peregrín cazador de figuras

En el mirador de la fantasía,
al brillar del perfume
tembloroso de armonía;
en la noche que llamas consume;
cuando duerme el ánade implume,
los órficos insectos se abruman
y luciérnagas fuman;
cuando lucen los silfos galones, entorcho
y vuelan mariposas de corcho
o los rubios vampiros cecean,
o las firmes jorobas campean;
por la noche de los matices,
de ojos muertos y largas narices;
en el mirador distante,
por las llanuras;
Peregrin cazador de figuras,
con ojos de diamante
mira desde las ciegas alturas.

Avatara

Resonaban los dulces orfeones...
pintó el farolero,
violeta lucero,
y vimos tristeza clara en los balcones.

En la mística muerte del día
se brumó la Luna, con tinte sagrado,
y sentí de la almea sombría
esos ojos que nunca han amado.

En el hondo cantar zahareño,
del canal perlino en la nube salobre,
me decía lugares de ensueño,
con las rubias monedas de cobre.

Al brillar de la luz veneciana,
fatal de la feria galante ha reído;
es la blonda, es la negra indostana
de los ojos que siempre han dormido.

Hoy es implacable la desconocida...
el azul hirviente nubló las mamparas,
la feria encendida...
¡Ay, las avatares!
¡Ay, aquellos ojos nocturnos, sin vida!

El dios cansado

Plomizo, carminado
y con la barba verde,
el ritmo pierde
el dios cansado.

Y va con tristes ojos,
por los desiertos rojos,

de los beduinos
y peregrinos.

Sigue por las obscuras
y ciegas capitales
de negros males
y desventuras.

Reinante el día estuoso,
camina sin reposo

tras los inventos
y pensamientos.

Continúa ignorado
por la región atea:
y nada crea
el dios cansado.

(Seguirá esta selección)

El terror en Venezuela

Con motivo de los últimos atentados cometidos en Venezuela por el execrable tirano Juan Vicente Gómez, la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos de París, (A. G. E. L. A.), organizó un meeting de protesta que tuvo lugar en el salón de actos de la Société de Savants, de la capital francesa.

El éxito de dicho meeting fué extraordinario: el amplio local se encontraba literalmente pleno de latinoamericanos y de intelectuales franceses.

Presidió el acto el profesor de la Sorbona, Victor Basch, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, quien fue el primero en tomar la palabra para condenar con tonos vigorosos la conducta criminal del verdugo que constituye la vergüenza de América.

En seguida habló el profesor Chalay, del Colegio de Francia, el cual también demostró cómo estaba fuera de la civilización un régimen abominable que suprime todas las libertades ciudadanas.

En tercer término abordó la tribuna el prestigiado maestro de Derecho constitucional en la Universidad de París doctor Maistre, siendo aplaudidísimo por el conocimiento que demostró de la situación venezolana y por la popularidad de que goza entre los escolares.

En nombre de los estudiantes franceses, para adherirse a la manifestación de sus compañeros latinoamericanos, habló el presidente de la Federación estudiantil de París; y el secretario de la A. G. E. L. A., Salvador Escalón, lo hizo en representación de sus camaradas.

El último en tomar la palabra fue el doctor Isidro Fabela, ex-profesor de Derecho Internacional Público en la Universidad de México y ex-ministro plenipotenciario.

Nuestro colaborador Sr. Fabela dictó la conferencia que nosotros publicamos bajo el título de El terror en Venezuela, dividida en tres capítulos. Las carreteras, Las prisiones y Las torturas.

La prensa francesa, dadas las personalidades que intervinieron en el meeting referido, prestó atención al acto estudiantil, cuyos resultados han sido los de esclarecer la verdadera situación de Venezuela, ante el público francés que desconoce, en general, la época de terror e ignominia porque atraviesa la patria de Simón Bolívar.

LA cuna de la libertad Latinoamericana, Venezuela, es ahora el asiento de una tiranía trágica.

El puesto del genial Simón Bolívar, el más eminente libertador de pueblos, ha sido escarnecido por dos déspotas sucesivos y truculentos: Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

Castro asaltó el poder y desoló el país

desde 1899 hasta 1908, fecha en que salió de Venezuela rumbo a Europa dejando en la Vicepresidencia de la República a su lugarteniente de confianza, Gómez.

El lugarteniente de confianza, aprovechando la ausencia de su protector, jefe y amigo, le suplantó, bien es cierto que con beneplácito del pueblo que esperaba del Vicepresidente infiel una regeneración gubernamental y la salvación de la República.

El pueblo venezolano se equivocó de todo a todo, porque si Castro fué abominable dictador, el actual mandatario de Maracay le supera en sus magistrales actos liberticidas.

Desde que el tirano Gómez usurpara el gobierno, la libertad en Venezuela quedó descabezada y la vida del ciudadano dependiente de su morboso capricho.

La Constitución de 1914 garantiza a los venezolanos la inviolabilidad de la existencia, de la propiedad, del hogar doméstico; y la libertad personal, de pensamiento, de tránsito, de conciencia, de prenda, de palabra...

Gómez ha ultrajado todas esas garantías individuales; pero sobre todo ha hecho de su patria una gran prisión y un vasto cementerio.

El mundo entero debe conocer la tragedia venezolana para reaccionar contra ella por los mil modos con que las naciones pueden luchar por la libertad de un pueblo oprimido.

Para que se vea de bulto la conducta de Juan Vicente Gómez, presentaré unos cuantos breves cuadros de ese gran guñol que se vive desde hace cuatro lustros en la antaño gloriosa cuna de la libertad americana.

Su Majestad el odio reina en Venezuela; odio recíproco del pueblo al gobierno y del gobierno al pueblo. Si por un milagro del destino la soberanía popular ejercitara momentáneamente sus derechos, Gómez, con sus familiares y sus validos serían destruidos en una orgía de sangre. Y como el enérgumeno lo sabe, se afianza al poder por medio del terror.

Los que pudieron escapar de las mazmorras y franquear las fronteras patrias son los menos doloridos; los 25.000 desterrados que viven añorando la casa, el terruño, los familiares queridos que diezman el tiempo y el dolor; esos son los venturosos, los que forman la brillante falange de pensadores, hombres de letras, políticos, estudiantes: guardia de honor de la patria de Bolívar que espera y confía en la justicia humana o en la divina.

Pero los que allá quedaron están a merced del señor feudal. Su vida y su independencia no son de ellos, diríase que la tienen en usufructo. Porque Gómez avienta la vida de sus compatriotas por la ventana de las torturas, a la soledad de los calabozos o al suplicio.

Los procedimientos de terror son múltiples en la Venezuela de hoy; consisten principalmente en las carreteras, las prisiones, entre las que descuella por su régimen inquisito-

rial, la Rotunda, y los tormentos que son varios y atroces.

1.—Las carreteras

Las carreteras de Venezuela están hechas con brazos de reos comunes, presos políticos y vagos. Significan un adelanto material realizado a base de la regresión moral más abominable que cuenta la historia contemporánea. Porque la carretera venezolana es un vía-crisis; quienes la hicieron a fuerza de azotainas y atormentados por la nieve o el sol y siempre el hambre, allí quedaron a la vera del camino, para siempre.

Si en cada lado de las rutas venezolanas donde hay un muerto se plantara una cruz, todos los caminos ostentarían el severo símbolo cristiano de una doble valla de cruces acusadoras de otros tantos martirios.

El tormento de las carreteras es terrible; los presos-peones trabajan desde las 6 de la mañana a las 6 de la tarde con media hora de descanso, a las 12. Por la noche, acampados a la intemperie, son encadenados unos con otros para que no huyan. La matinalada un puntapié o un culatazo los despierta a la bestial labor.

Su alimentación es menos que precaria; consiste en dos panes de maíz, al día; unos cuantos granos de mala calidad a penas cocidos y agua sucia.

El presidiario debe trabajar continuamente, sin descanso. Si se cansa, el látigo del capataz le reanima.

Cuando un malaventurado ya no puede más moverse, le pegan hasta sangrarlo o dejarlo muerto. A muchos los cegaron a golpes; otros enloquecieron de terror y de angustia y los más, rendidos de cansera, canijos de tan mal comer, extenuados de fatiga, las enfermedades y la sevicia, allí mueren abandonados en esa obra de progreso que sirve a Su Excelencia el Presidente, de magnífico material de propaganda exterior.

En la carretera del Tachira que está en los Andes a 4.000 metros de altura, en invierno, entre las nieves perpetuas, los presos fueron llevados a trabajar sin aumentar su mezquina alimentación para intensificar siquiera un poco sus calorías; y tampoco sin darles abrigo.

El resultado de la iniquidad era fatal; diariamente amanecían 10 o 15 infelices helados.

En la carretera de Anzoátegui hubo que cegar un pantano que era un foco del llamado «paludismo económico», que mata en dos o tres horas. En la carretera de Anzoátegui perecieron 2.000 seres humanos baridos por la maldad.

La carretera es el castigo de los delincuentes pobres, de los pueblerinos, de los labradores, como la Rotunda y los Castillos son las cárceles de los políticos, de los profesionales, de los hombres de pró.

Pero como la gente maleante no basta para el trabajo de los caminos, la tiranía ha inventado otra clase de víctimas: los vagos. Los vagos, en la Venezuela del general Gómez, no son los desocupados por perezosos, sino los proletarios anti-gomistas, o simplemente los varones utilizables en el tajo, del todo inocentes.

Estos vagos se reclutan haciendo levás en las haciendas o en las aldeas los días de mercado, entre los inculcados, peones o pueblerinos que son presos y separados de su bohío y su rincón hogareño sin saber como ni como no, y conducidos en «cuerdas» a edificar las rutas nacionales entremezclados con la gente maleante.

A estos semejantes nuestros les llaman «colorados». Los visten de rojo para que la sangre que brota de sus carnes azotadas, no se vea.

Isidro Fabela

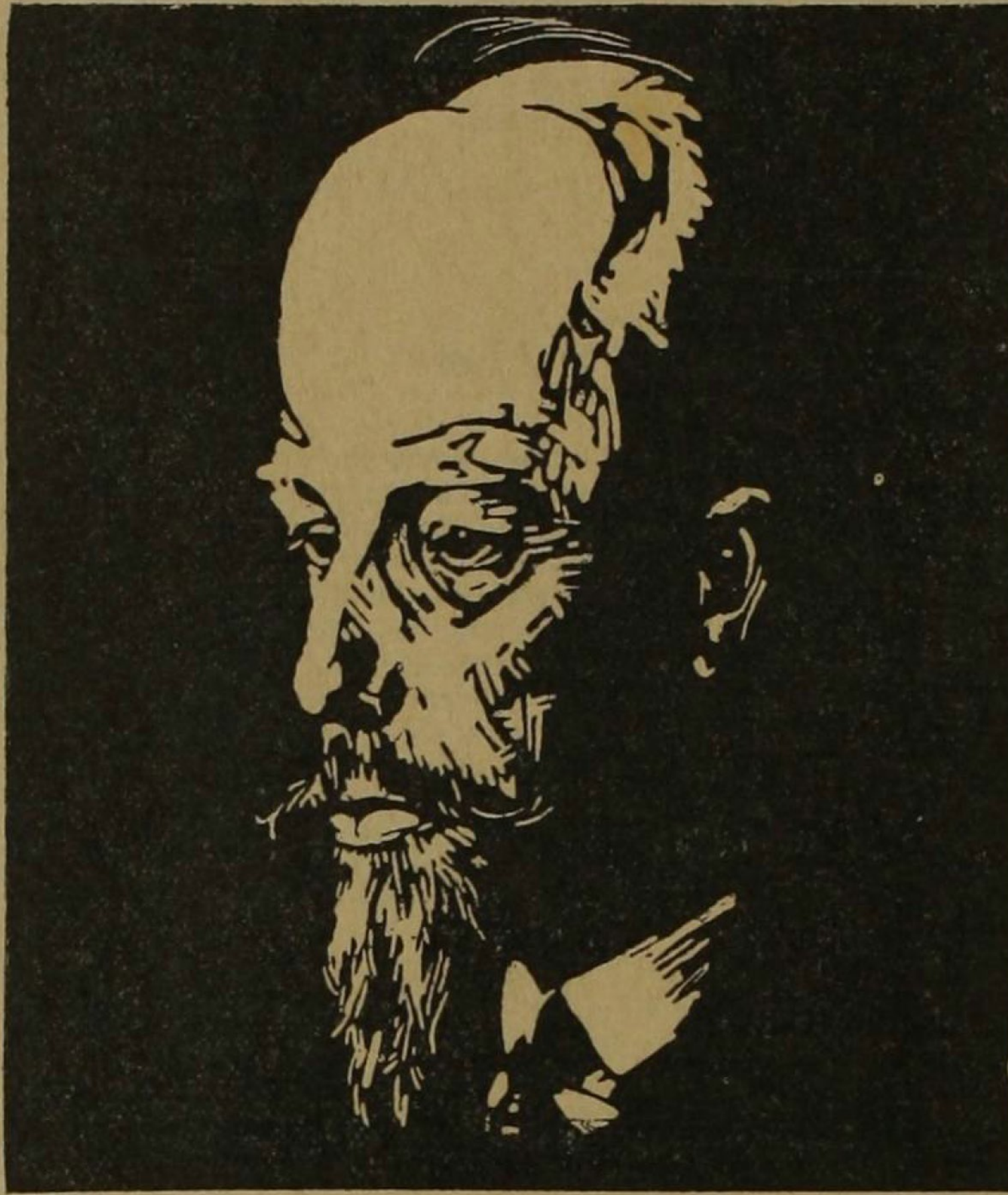
Diario de Viaje de un Filósofo

HACÍA ya bastantes años que la vorágine bibliográfica occidental no arrojaba al viento una flor de estambres tan henchidos de polen. El señor Conde Hermann de Keyserling, por otro nombre *el Solitario de Raykull*, acaba de publicar la última edición española de su *Diario de Viaje de un Filósofo*, obra que necesita ser conocida de todos cuantos sienten ya el ansia dolorosa de un cambio de actitud en la vida humana. Los apasionados de la novedad bibliográfica, que leen acostados y se prometen para el día siguiente un comentario erudito con los amigos, han visto en esta confesión admirable la última palabra en materia de belleza filosófica; y es probable que mañana o pasado, tiren el libro con la fatiga de una novedad en desuso y busquen otra novedad para saciar su vientre cerebral.

Yo quiero hacer, especialmente para el público de Centro América —si es que llego a merecer el favor de una reimpresión de estas notas— un comentario oportuno y necesario. Los libros nos han conducido —por una extraña madurez adquirida al margen del progreso material— a las decepciones más concentradas y anárquicas; ya era tiempo de que otro soplo de orientación rectificase muchos puntos de vista en materia de humanismo biológico.

El señor de Keyserling, al liar sus maletas, se hace una promesa digna de un Conde: un viaje al rededor del mundo, durante el cual pueda «renunciar a sí mismo», a ese *parti pris* de nuestros filósofos clásicos que creyeron poder asumir la dirección total del pensamiento y dejar un traje cortado a cada habitante de nuestro planeta. Confinado por su voluntad meditativa en aquella pequeña población estoniana, Raykull, un día siente que «comienza a ser personalidad», es decir, un hombre de tal apariencia y de tales ideas... «Entonces comprendí lo sabios que habían sido Pitágoras y Platón al prolongar sus años de peregrinación por el mundo hasta una edad proyecta», dice. Keyserling, como metafísico puro que es, cree que el filósofo de su casta «no debe sumergirse en ninguna figura, no debe sentirse idéntico con ninguna forma», y obedeciendo al impulso de una total despersonalización—colocación diametralmente opuesta a la de Federico Nietzsche que pudo entrever «lo personal heroico», lo que los orientales llaman «un sueño en el aire»— se lanza al Oriente, ya copiosamente saturado de la actitud del renunciamiento búdhico. Cabría aquí recordar los diálogos simulados de Petrarca con Agustín, cuando el poeta, huyendo de la trágica fascinación de su imposible Laura, quiere huir de sí mismo y escucha esta sentencia de labios del fanático varón: «Insensato! ¿A dónde irás que no te siga tu sombra?» Sin embargo, el Conde de Keyserling no procedía en su andanza con la pasión de un enamorado cuya lujuria le derrite, sino con la firme tranquilidad de quien espera hallar lo absoluto fuera de su órbita de limitaciones personales. «Para esta profundización no me servía Raykull», dice encendido en quijotismo místico y sintiéndose ahogado en la flamante «personalidad» que le mantenía como al héroe de Cervantes confinado en la casa solariega.

Keyserling es un hombre nuevo, sin precedente en la historia de la sinceridad filosófica. Está hastiado de fórmulas, de la lógica de los hechos, y esto es lo que se propone: romper toda lógica de los hechos, toda influencia ambiente y toda coerción



Keyserling

externa como existencia independiente. Bravura desconocida en el Occidente, que se detuvo por un lado en los dogmas de la Summa Teológica de Tomás de Aquino—hijo del malhadado Aristóteles—y por otro en las lamentables conclusiones de Kant... No tener *yo*, carecer de valladares instintivos, ir más allá de ese sueño brutal y egoísta de nuestro siglo que todo lo cifra en el *caballero*, en la personalidad. Keyserling se apoya en el endeble bastón de aquella sentencia de Keats: *The poetical nature has no self; it is everything and nothing, it has no character... A poet has no identity; he is continually in for and filling some other body...* Pero Keyserling va mucho más allá todavía, y cuando llega a Ceilán y visita los templos de Budha, cuando habla con los monjes, siente que en Oriente, el pensamiento mismo es como una vegetación, no en lo que tiene de inconsciente el florecer vegetal, sino en la carencia de esfuerzo para revelarse a sí mismo como realidad creadora y libre... La religión es para él una determinación ambiente, y cree, además, que es enteramente tropical... Al volver los ojos al panorama de Europa, halla que nuestra religiosidad occidental, basada en el esfuerzo personal y en la conquista de medios, es completamente antirreligiosa... Asidos como estamos al fenómeno, con ansias de posesión de todas las cosas, todo podemos saciarlo, pero jamás logramos extirpar la causa matriz del dolor: el *yo*.

Keyserling, al entrar en este terreno, se pone en condiciones adversas para sí mismo, y él lo sabe de sobra. ¿Qué, lo sabe? Lo busca, podríamos decir. Al renunciar al intelecto, cuyo auxilio se reserva exclusivamente como potencia descriptiva y confesoria—entra en la niñez celeste, en la condición del *bhikshu* o discípulo búdhico desde donde toda argumentación pertenece a planos inferiores de actividad. Así, pues, tendrá que sufrir las consecuencias de esta entrada en el *premier etage* de la Eternidad. La crítica

europea ha recibido su libro con exaltación, casi con devota actitud. Europa siente la orfandad espiritual en que vive, y hasta hace poco tuvo que conformarse con la gota de agua intuitiva que Bergson echó en sus labios hará quince años. Sin embargo, Keyserling, que cuenta con tanto prosélito y que ha provocado un cambio de orientación bibliográfica, ha sido duramente atacado. En los llamados círculos de arte, así como entre aquellos que hicieron profesión de fe de la estética pura o de la filosofía de la historia — últimos baluartes de una barbarie cultivada y acendrada por la personalidad y por el recuerdo griego — se expresa que Keyserling niega totalmente la cultura occidental, y casi casi es así. Y muy bien hecho. Porque nuestro tiempo ha hecho de la obra material una Diosa y del hombre un tornillo. Las energías se consumen por millones de toneladas, como el carbón en los altos hornos, y el individuo ha venido a ser un pretexto para esa forma de progreso completamente ajena al hombre mismo. Pero, y aquí aparece la primera paradoja: ¿no sueña Keyserling en anegar la personalidad humana? Nuestro viajero contestará, sin inmutarse: el campo de la negación debe estar precedido por el de la liberación de toda obra inútil: para que el hombre encuentre el vacío de su personalidad, es necesaria la soledad, el recogimiento, la meditación; cosas extirpadas ha tiempo de nuestros medios de contrato social. Ese aumento de personali-

dad que se nota en la literatura y en el arte es precisamente el fuego que está encendiendo la herida del odio antiguo, la ira de la bestia ancestral.

Keyserling llega al subjetivismo absoluto, tanto como artista como pensador. El paisaje de Oriente sólo le sirve para extraer nuevos motivos de meditación; y a medida que cambia de clima, cambia su hombre. Conceptúa el mundo externo como creación nuestra, algo que los filósofos de la Estética han entrevisto pero como simple entretenimiento intelectual, como mero juego hipotético.

Si todo es así, la renovación del individuo es posible siempre: eso que nos han pintado como virtud suprema, el criterio propio y otras jerigonzas, son lastimosas formas del orgullo intelectual, utilizado por la cultura lógica. El criterio sólo es un «punto de vista», una ventana abierta entre millones cerradas. Quien quiere renunciar a la personalidad, debe comenzar por dejar su criterio en casa o tirarlo al mar, sobre todo cuando se ha pasado, como Keyserling, el Canal de Suez, hacia otros cielos más abiertos a la infinitud que el nuestro.

De semejante posición escapa otra consecuencia: la necesidad de una infinita comprensión de las limitaciones ajenas: la urgencia de una tolerancia realmente búdhica de la vida.

Keyserling tiene sin embargo, sus aspectos negativos, sus equivocaciones, lo cual no le es substancial ni dañino. No se le puede aceptar en absoluto, a él sobre todo que desconfía del recurso intelectual. Su capítulo *Bhuda como aristócrata* es una negación del cristianismo. Cree que el noble «supera siempre al plebeyo en amplitud de miras, en elevación y dominio; espontáneamente colócase el aristócrata por encima de los partidos, sin resentimiento; guarda con las debilidades del hombre una relación puramente objetiva, por la razón sencilla de que, *merced a su posición*, es raro que tenga que sufrir de ellas». Luego añade: «Así, cuando se trata de mirar

la humanidad en conjunto y acudir a sus necesidades, el aristócrata supera incluso *al más talentado hombre del pueblo*. Cualquiera ve que estas aserciones de Keyserling son puramente ocasionales, y que la historia le contradice. Toda obra de renovación, equivocada o no, ha partido de la clase media social y del pueblo a veces. La aristocracia es la indiferencia: cuando llega al arte se torna estatua, así como cuando llega a la filosofía se hace Borgia. De manera que es lamentable su aserción de que Budha pudo legar a la humanidad una doctrina perfecta por su imparcialidad por cuanto Budha era príncipe de familia reinante. Jesús no lo era, y llegó allí. Pero Keyserling rechaza el cristianismo, al cual considera *religión de proletarios*, y desde luego colocado frente a las clases privilegiadas. Aquí reaparece en Keyserling el temperamento histórico, la fuerza de la sangre, el «mandato de las Sombras» familiares. Es injusto juzgar el cristianismo desde el punto de vista de la historia, que es personalidad pura, cuando el autor del *Diario de viaje* se propone salir por entero de la región de lo personal. Tampoco puede alegar como simple motivo de reajuste social el egoísmo y el *resentimiento junto a los fieles* quien pugna por abrir a un mundo entero el camino de la felicidad perfecta por la renunciación; y ya sabemos que los aristócratas no renuncian a nada, sobre todo a su insolencia.

Otros puntos de vista quedan por examinar, de gran riqueza moral y social, en la obra de Keyserling; sobre todo los referentes a la actitud religiosa frente a la actitud puramente política de Occidente.

Rafael Cardona

México D. F., agosto 12 de 1928.

Las maletas de Keyserling

=De *La Gaceta Literaria*. Madrid=

DAN ganas, con este libro del Conde de Keyserling (1) recién aparecido en el habla española, de salir con él agitado como un prospecto ante todos los trenes y vehículos que parten en este momento a las playas, montes y campos de España, para que nadie lo olvide.

Es éste un libro, sin embargo, que no necesita el reclamo ni el prospecto. Circulará ancha y silenciosamente, con la fuerza de los grandes aciertos editoriales.

Desde hace muchos años, no se ha podido leer en habla española un *Diario de viajes* de esa naturaleza.

Se diría que Keyserling ha puesto en este libro sus aptitudes de faquir hipnotizando al lector todo el tiempo que le viene en gana.

Libro denso, alucinante, mágico. Bajo nombres de geografía remota (llamaradas tropicales), eso: un ejército angélico de meditaciones. Bajo las etiquetas de sus maletas exóticas: un acariciar el sentido infinito de la vida, como se acaricia el mar al repasar los ojos en una ruta de delicia.

El *Diario* de Keyserling es el mayor programa de circo filosófico que ha provocado nunca el viaje de un filósofo. Toda su genialidad está en el articulado de *Atracciones*, organizado por ese *Cirkus Krone* de la Filosofía que es el gran Keyserling.

Desde el Mediterráneo, por el Canal de Suez y Mar Rojo, Aden, Océano Indico, Ceilán, India, hasta el Extremo Oriente, va Keyserling guardando en sus maletas faunas y floras de meditaciones innumerables. Pero todo le cabe en la maleta.

Tiene esa maleta el triple fondo de los baúles de los funámbulos. Casi un fondo sin fin. De ahí el vértigo que produce en el lector. Se traga su atención como un automóvil veloz la cinta de la carretera.

Es el libro de Keyserling el catecismo

(1) Conde de Keyserling: *Diario de viaje de un filósofo*, t. I. Espasa-Calpe, 1928.

genial de todo viajero. El método supremo de convertir en espíritu y sistema lo que la ventanilla del tren o el tragaluz del camarote, dan en signo, en apariencia, en desorden y en misterio.

Los problemas humanos y cósmicos más varios, punzadores, agónicos y arriscados, allí los deja Keyserling doblados como pañuelos sobre sus maletas maravillosas. Sólo en Gobineau y en Schopenhauer se piensa a veces. Ni Platón, ni Herodoto, ni Heine, ni Montaigne, ni Gracián, tienen analogía con el género de este libro. (Gobineau, por su sentido del Oriente, narrador y espiritual. Schopenhauer, por el otro sentido, profundo y dramático del Oriente).

El libro de Keyserling es el vademecum de las religiones comparadas en vivo, a fuerza de kilómetros y de observaciones sobre el área geográfica de su desarrollo actual.

Es el Bøedeker metafísico de Oriente, este libro de Keyserling.

Yo creo que se comprará este libro para Guía de los curiosos del alma asiática, como se compra hoy el Bøedeker para suministrar puntos de referencia y hoteles sobre el cuerpo terráqueo.

E. Giménez Caballero

América: vocación de crisol

=De *El País*. La Habana=

EL *Repertorio Americano*, valioso digesto de opiniones que en Costa Rica edita con sostenido acierto el ilustre Joaquín García Monge, acaba de abrir un concurso de respuestas a esta pregunta: «¿América para los americanos o América para la humanidad?» Un concurso con premios y todo, a ver si así se vence esta pereza de pensar que en verano nos invade ante toda indagación un poco trascendente.

Anoche, en el cinematógrafo, mi emoción estaba sugiriendo una respuesta a la pregunta de García Monge mientras contemplaba esa bella película de título tan poco eufónico en castellano: *El corazón de una nación*. Es un vívido retal de la vida suburbana yanqui en los años anteriores a la Guerra. En el mismo rincón del West End neoyorquino, donde toda fatiga tiene su asiento y toda raza sus penates—entraña sórdida, babélica, áspera y trajinada de codicias de la gran ciudad,—un judío, un italiano y un alemán viven y medran, cada cual en su grado y manera. Mantienen una amistad vecinal, rica en ese hondo sentimiento de solidaridad que nace de la comunidad del esfuerzo, cuando éste no se aplica a los mismos negocios: de la emulación, sin la competencia. Cada uno de ellos ha traído a la ciudad de promisión sus modos de vida, sus costumbres, su lenguaje y religión, sus criterios elementales. Y los mantienen en el hogar, con una celosa devoción.

Sin embargo, los hijos, nacidos en América, de ese sastre judío, de ese frutero italiano y de ese carnicero alemán se sienten ya extraños en esos hogares, aspiran a algo más y mejor; la común impronta del medio ha borrado las posibles marcas del linaje; se parecen entre sí como si hubieran nacido de padres afines. La emoción surge, delicada, penetrante, cuando sobreviene la guerra y se plantea el conflicto de lealtades de los «americanos enguionados» de Roosevelt. Hay un amago de discordias, originadas en la varia oriundez. Pero los hijos resuelven el conflicto en una sola lealtad—la lealtad a la tierra que les dió pan a sus padres y a ellos cuna.

¿No contesta esa película—sutil instrumento de propaganda, sin duda—la pregunta de García Monge? El destino ha querido que fuera América eso que los yanquis dicen de ella: una «tierra de oportunidad»; es decir, un continente franco a todo es-

Keyserling en ese libro es el Paul Morand de la Filosofía. Hace el amor a una Teoría cada noche en un sitio distinto. Y a diferencia de las amantes de Morand, todas son prolíficas y le dan aguzados hijos.

Es un libro como para hablar de él y no terminar. Y no terminar hasta hacérselo leer a la gente, única gran crítica y recomendación posible.

Y así haría yo ahora si no quisiera cortar mi fervor con otro.

Otro dedicado al traductor español Morente. Morente: ese yogui sabio, silencioso, de nuestra cultura. Benedictino y espiritual. Cargando en sus hombros tareas cicópleas y antibrillantes. (Traducciones de Spengler, de Keyserling).

Su traducción es un modelo de exactitud, de gracia resolutive en los conflictos, de aciertos. Estas traducciones de Morente dan mejor que nada la sensación de que hallar una palabra justa en un idioma, que equivalga a otra justa palabra de idioma distinto, es casi tan feliz como crearla de nuevo. Y, por tanto, que una traducción así hecha entre en el circuito estrecho y exigente del arte.

fuerzo honesto, a toda ansia de lícito despliegue individual. El motivo ideal, de albedrío religioso, que empujó al *Mayflower*, señaló esa vocación americana no menos que la ambición de los conquistadores. También éstos, a su modo, venían buscando una oportunidad de vida más plena y más libre. O todos ellos fueron intrusos y los únicos que tienen derecho natural a la tierra de América son los indígenas (teoría de un excesivo romanticismo histórico), o lo que dá derecho a América es, sencillamente, una voluntad de trabajo unida a una fe en la perfectibilidad individual.

¿América para los americanos! Pero ¿qué son, en buena cuenta, los americanos que han hecho a América sino un linaje de advenedizos? ¿A título de qué excluiríamos a los demás, como no fuera a título de primeros ocupantes? Y este sólo puede invocarse racionalmente cuando el que viene detrás nos merma el disfrute de la cosa ocupada. Tal es el fundamento de la vigente ley de inmigración norteamericana; los Estados Unidos están ya poco menos que colmados. Pero en nuestra América sigue siendo imperioso el postulado de Alberdi: «Gobernar es poblar». Hacen falta candidatos a la americanidad.

Lo único que a América le interesa es que sean candidatos leales, o que por lo menos lo sean sus descendientes. La película de marras nos enseña cómo esa lealtad es poco menos que inevitable: al instinto de clan que trata de imponer el sentido de oriundez, se sobrepone el instinto de adaptación y la gran fuerza asimiladora del medio. América tiene, como los individuos simpáticos, don de gentes.

Claro que hay impulsos sentimentales y escrupulos conservadores en el orden étnico y cultural que nos encariñan con la tesis egoísta. Quisiéramos mantener la fisonomía de la estirpe y esta relativa homogeneidad de que disfrutamos. Pero esa instintiva apatencia se sacrifica—debe, al menos, sacrificarse—gozosamente a la noble anticipación de una América más franca, más hospitalaria, hecha con la sal de toda la tierra y la claridad de todos los horizontes: la América de la «raza cósmica» que dijo Vasconcelos.

Eso sí, procuremos que lo que venga sea la sal de la tierra.

Jorge Mañach

El señor de Aretal, protagonista en la hazaña desusada de vivir bellamente y a quien exalta y calumnias con genial arbitrariedad Rafael Arévalo Martínez en esta obra, fue un poeta colombiano que iluminó su sensualidad con su talento, y que se consumió al fin como la hierba de los campos en los grandes incendios de estío. Llamábase Ricardo Arenales. Era erguido, cenceño, ágil, de una prodigiosa elasticidad mental, de un sorprendente poder para la asimilación de las ideas. Pero lo dionisiaco mató en él lo apolíneo, y cuando puso fin a sus días de una manera violenta e imprevista, sobre una página de *El Imparcial* de Guatemala—empresa que él mismo había creado—, no dejó en pos de sí otra cosa que un confuso recuerdo y unos cuantos poemas dolorosos. Sus amigos le evocan todavía como pudiesen evocar la visión fugaz de un fantasma ígneo.

Yo le conocí en el momento en que su robusta naturaleza declinaba. Producía la impresión desconcertante de un hombre que muere de tristeza porque no le ha sido posible descubrir un nuevo deleite, un rincón inexplorado de la sensibilidad. Los ocho pecados capitales—porque él encontró el octavo—parecíanle caminos abiertos, sin honduras ni encrucijadas, y su corazón iba y venía por ellos con el cotidiano aburrimento con que el labriego transita por las veredas de su campaña. El universo, según él, era un fracaso ineluctable.

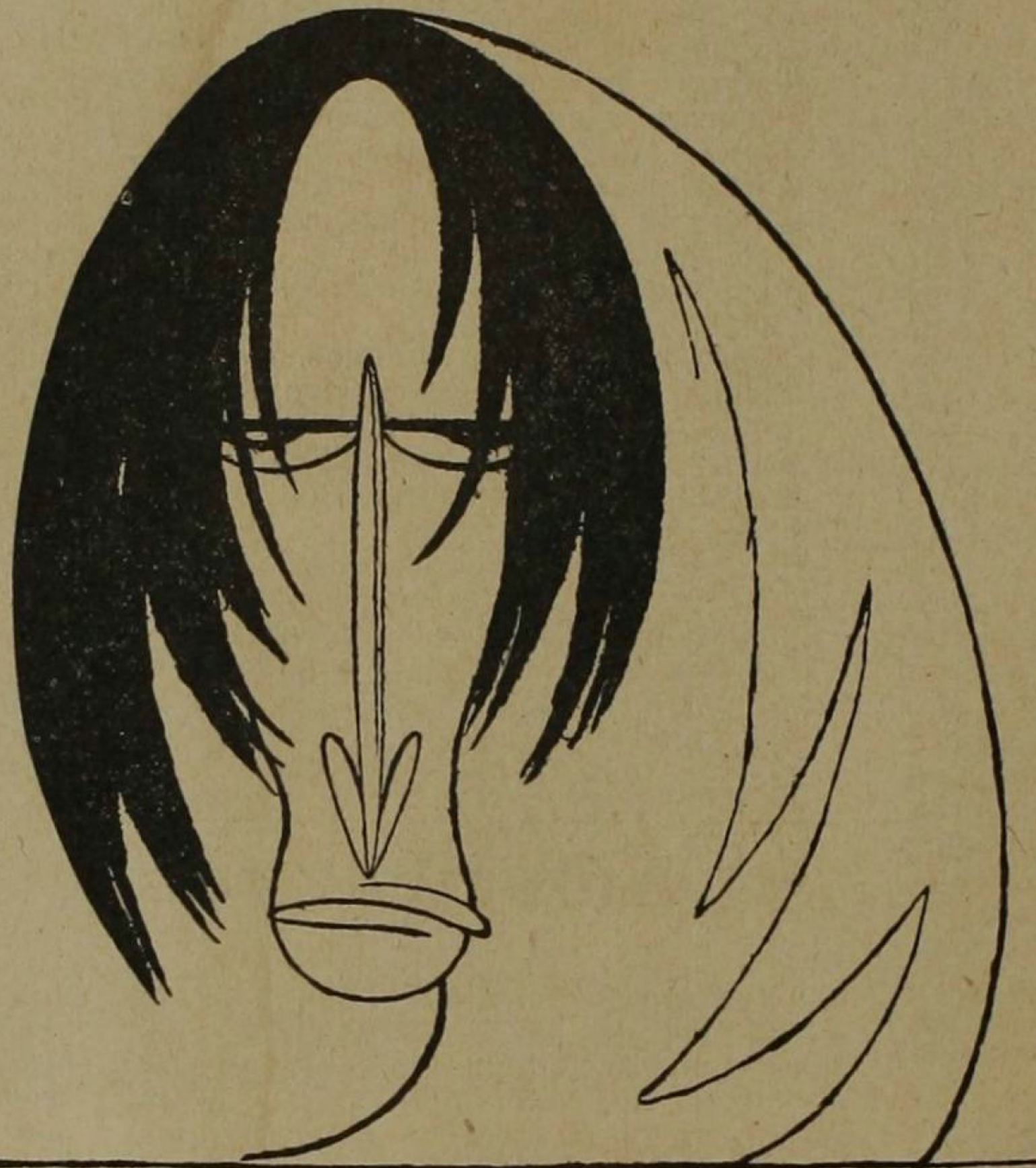
Séame permitido asegurar sin sonrojos, sin mediastintas ni atenuaciones, como quien está bien seguro de expresar una verdad absoluta y definitiva, que fui el amigo más íntimo de Arenales, el confidente de sus pensamientos, el hermano a quien no es posible ocultar ninguna agitación interna, ningún dolor, ninguna desesperanza. Podría decir que soy su hijo, y como su reencarnación en la materia y su renovación en el espíritu. Comí su pan: dormí en su lecho; sus palpitations cordiales fueron mis palpitations, y su sangre cayó sobre mí, se me trasfundió y circula por mis venas. Me hallo, pues, en aptitud perfecta, cabal e incontrovertible, de explicar el proceso de composición que siguió Arévalo Martínez en su maravillosa novela, de rectificar algunos asertos descomedidos y mentirosos que le sirven como de armazón, y de reivindicar—en parte al menos—la honradez de espíritu, la capacidad de amor fraternal y abnegado hacia sus amigos, la intransigente rebeldía frente a los tiranos y los farsantes, que fueron dones característicos en el señor de los topacios, a despecho de la mentira en que incide y reincide, por la simple necesidad literaria, el admirable novelista de Guatemala.

Cuando Arenales llegó a esa ciudad encantada y encantadora, donde el aire reverberaba de tiranía, frisaba en los treinta años. Era el momento de su plenitud. Acababa de obtener una victoria estupenda en tierras de México, y traía la escarcela repleta de áureas monedas, el músculo vibrante aún por el esfuerzo de la pugna y el corazón abierto a las brisas del optimismo. Le oí repetir con frecuencia el verso noble y sobrio que luego hubo de incorporar en la *Canción de la vida profunda*—el más universal de sus poemas, que hoy usufructúo yo a título de legítimo heredero: *La vida es clara, undívaga y abierta como un mar...*—Pero el optimismo de Arenales no era una teoría o un postulado, sino una fuerza rau-

El hombre que parecía un caballo

Exégesis de la novela de Rafael Arévalo Martínez

=De *El Espectador*. Bogotá=



TOÑO PALAZAR

Ricardo Arenales

dalosa que efundía de él y que, con todo y la perenne efusión, no padecía menoscabo ni crisis, porque se renovaba en fuentes inextinguibles. Y es que él no conocía el cansancio, ni el tedio, ni la debilidad. Después de una noche de orgía de alcohol, pensamiento y humorismo, en que su palabra y su risa—y aun su sonrisa—condensaban todas las percepciones de júbilo y de belleza y de locura inteligente de sus camaradas, solía leer páginas de abstrusa doctrina filosófica, escribir un capítulo de un libro, asistir a un baile, corregir el poema de algún escritor incipiente, y disponerse como un dandy para ir a pasar la nueva vigilia nocturna en una discreta residencia de anchos patios y oscuros pasadizos, donde cinco floridas niñas, todas semivirgenes, le esperaban ardiendo de amor.

Frente a este ejemplar humano de exaltadas potencias compareció de improviso Rafael Arévalo Martínez, que no era—como él ha querido autorretratarse dentro de la novela, cediendo a su obsesión por la fisiognomía, una pobre grulla lírica, sino más bien una mísera vulpeja con hambre. Esmirriado por quién sabe que insuficiencia glandular, pálido como un susto, miope, con los indumentos verdosos y desaseados, y que, por añadidura, le iban mal, como si el muerto hubiese sido más grande; y, lo que es peor, con una experiencia de fracaso continuo en el hogar, en la sociedad y en la literatura, se le hubiera tomado por el espectro de sí mismo, si el frío y el sudorillo de sus manos no produjeran en el acto la impresión de algo corpóreo, material. Pero ¿realmente Arévalo Martínez era de tales trazas? Es que lo dudo—necesito precisar mis ideas—porque acaso estas crueles palabras no sean sino producto de la sugestión que él mismo imponía a sus amigos.

Aquel pobre grande hombre tenía una desvergüenza heroica, algo como un masoquismo incurable, y nada le era más grato que atraer sobre su personalidad el desprecio y el estigma:

—Ay, Arenales!—contaba al llegar, tumbándose, ciñéndose como un guiñapo sobre una poltrona—: ¡ay, Arenales: vengo medio muerto!... He tenido una polución involuntaria, que no me permitió cumplir con mi deber conyugal... Y esto me perturbó: no pude hacer mis oraciones y creí que cometía un sacrilegio si iba a comulgar... Compadézcame. Yo soy un miserable. Mire, mis zapatos están rotos, y mi padre, que es avaro, no me dará con qué reponerlos... Mi hijo tiene tres años, y aún no le han salido los dientes... Me es imposible escribir. Además, no puedo dejar de venir a verlo a usted, y como paso aquí la mayor parte del día, voy a perder el empleillo que tengo... Soy una piltrafa de hombre...

Un momento después, una súbita reacción le encendía, le templaba y le hacía creer en sí mismo con tal vehemencia que afirmaba ser portador de un divino mensaje—sus versos—que era necesario publicar luego, inmediatamente, esa misma tarde, porque resultaba una crueldad privar al humano linaje de ese raudal de belleza pura, emanación directa del Espíritu Supremo, de la Absoluta Sabiduría, del SER, porque diz que era el SER el que le había sugerido sus rimas.

Pasado el transporte, fluía la conversación hacia nobles y elevados temas, y entonces aquel hombre que no había leído sino a Eugenio Süe y a Carolina Invernizio—¡nada más, Arenales: yo soy un ignorante enciclopédico!—disertaba con inefable dicción, que era una música, con profundidad y audacia, como quien señorea su propio tesoro, sobre los más abscónditos misterios de la personalidad, sobre los orígenes del Ramayana o sobre los enigmas de la inversión sexual. Arévalo Martínez era entonces el exquisito intelectual y el férvido místico que se revela de vez en cuando en sus obras, y no el tragediante de su miseria. Surgía el dios oculto bajo el harapo.

Después, cuando la fatiga del arduo discurso le hacía acogerse a la ley del menor esfuerzo, le chispeaban los pequeños ojos tras el grueso cristal antepuesto para corregir la miopía, se le asomaba la puntita de la lengua rojiza, y empezaba el delicioso párrafo de la murmuración, del que no salía indemne ninguno de los amigos. ¡Qué sutil, qué delicada ironía unas veces; que corrosivo, sarcasmo otras! El hermano Francisco de Asís, que él creía ser a ratos, trasmutábase ya en el hermano lobo, ya en la hermanita víbora. ¡Lagarto, lagarto!

El señor de Aretal, imprescriptiblemente remiso a la adulación, no quiso emitir su nota lírica en el coro de alabanzas a la estólida y chata y ruin persona de Estrada Cabrera—como no había querido emitirla en México en loor del monstruoso Huerta, espécimen de la teratología encumbrada al gobierno, y fracasó económicamente. Su oro se le iba por las rendijas de su sensualidad. De los vinos de legendaria procedencia pasó al humilde aguardiente *chapín*, del automóvil al carruaje tirado por jamelgos fantásticos, y de las cenas que evocaban a los personajes del renacimiento cayó en las merendonas de casas de arrabal, en que se

(Pasa a la página 151).

Resurrección de Arévalo Martínez

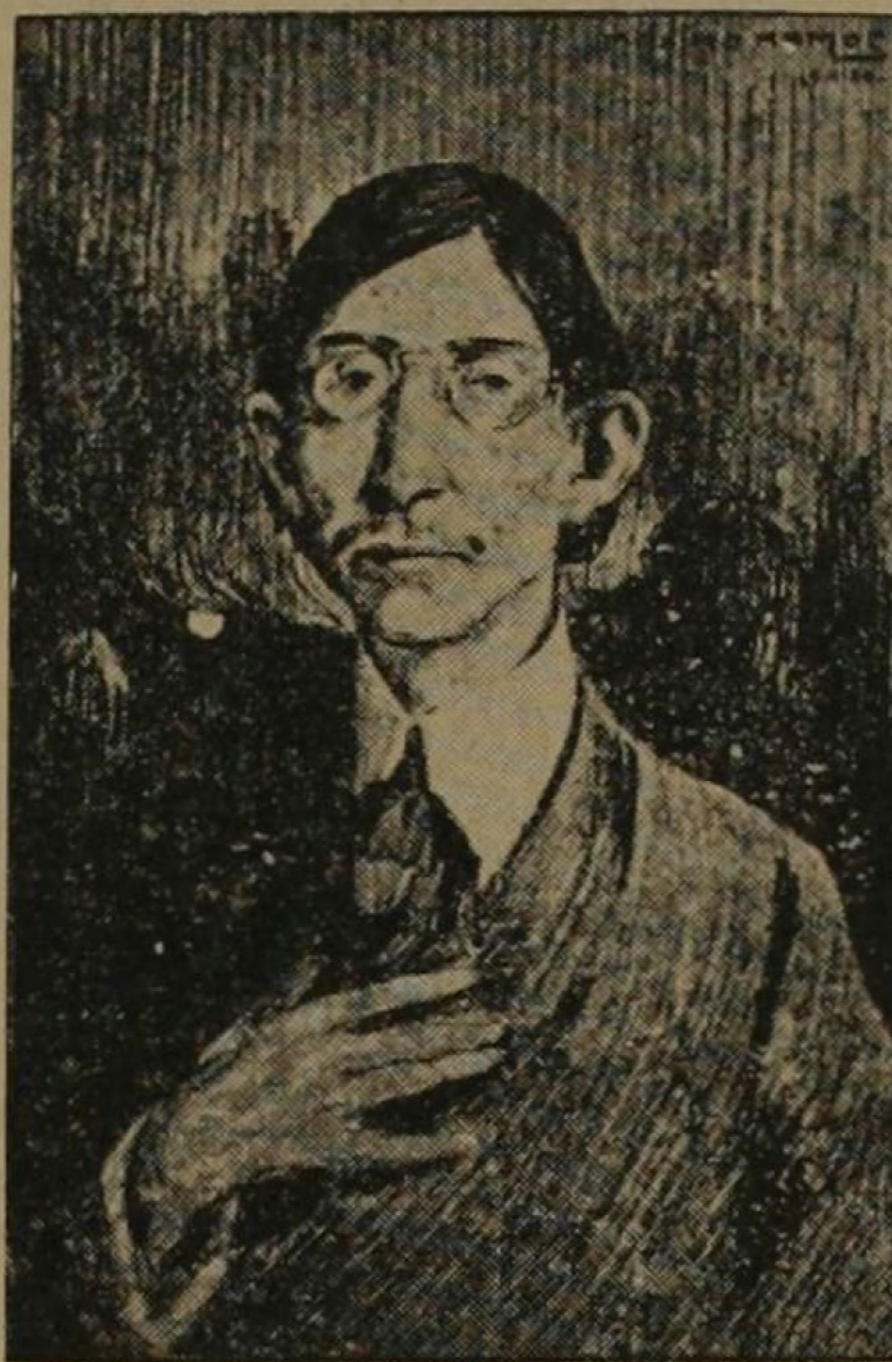
=De Revista de Estudios Hispánicos, Nueva York=

El caso de Arévalo Martínez es muy significativo de la manera como marchan las cosas en la vida literaria de ciertos países hispanoamericanos. Analicémoslo.

La primera noticia que llegó a mí de este autor guatemalteco fue a través de un tomito publicado en Costa Rica por J. García Monge. En este caso, como en tantos otros, ha sido García Monge el descubridor y difundidor de nuevos valores hispanoamericanos. De la obra de este hombre benemérito habrá que hablar algún día despacio. Baste decir ahora que su *Repertorio Americano* y las ediciones diversas que desde hace diez y seis años viene publicando, constituyen el órgano más elevado y eficaz de comunicación intelectual y literaria de Hispanoamérica. El librito del joven autor guatemalteco, titulado *El hombre que parecía un caballo*, que él recogió y publicó en 1918, ¿se había publicado antes en Guatemala? Supongo que sí, porque la novela corta que le da título lleva al fin la fecha de composición de 1914 y porque sobre ella escribió un artículo en 1915 el poeta Ricardo Arenales. Alfonso Reyes, el finísimo crítico y ensayista mexicano, también la había leído y me había hablado de ella. Pero una publicación hecha en Guatemala no tiene más medio de difusión fuera de las fronteras nacionales que el esfuerzo personal que haga el autor mismo enviando, si así le place, ejemplares a un número de personas que él supone interesadas en leer su obra. Sin la edición o reedición de García Monge el librito hubiera quedado inédito de hecho y su descubrimiento posterior hubiera sido tardío y dudoso. A través de ella llegó la obra a un círculo más amplio, formado por todas las personas con quienes García Monge mantiene desde su rincón de San José de Costa Rica un íntimo contacto espiritual. Este círculo, aunque en cierto modo privado y formado en torno a una sola persona, comprende a todos los trabajadores intelectuales de Hispanoamérica y de España que, aunque separados, se sienten unidos por la común aspiración a conocerse los unos a los otros.

La lectura de los dos cuentos que forman el tomo, uno el que le daba título y otro *El trovador colombiano*, dejó en mí la impresión inequívoca de hallarme ante un gran escritor. No se trataba de alardés vistosos y superficiales de innovación como amenudo se encuentran en jóvenes escritores de Hispanoamérica, sino de una sencilla y profunda originalidad. Tenía un modo de decir, un estilo, firme, seguro y sereno en la superficie, bajo la cual se sentía sin embargo como dominada y contenida la fuerza palpitante de un sentimiento profundo y nuevo de la realidad y de la vida. Era el suyo un arte nuevo que se adelantó entonces a mucho de lo que después hemos visto que quería y necesitaba ser la nueva narración novelesca.

La convicción de que aquella obra anunciaba la aparición de un gran escritor la tuvieron sin duda muchos y recuerdo haberla oído en diferentes conversaciones. Por una carta de Santos Chocano al autor publicada ahora, veo la impresión que en él y en Rubén Darío produjo el libro. Dice Chocano: «Rubén Darío me había anticipado favorabilísima opinión de *El hombre que parecía un caballo*.—«Notable acierto. Te sorprenderá y te gustará como a mí. No es Poe ni Lorrain. Es algo nuevo y maravilloso. Ya verás».—Mi impresión al leerle fue extraordinaria. Le confieso que no he leído nada en que se hable del «misterio» con mayor ni siquiera igual encantadora sencillez,



Rafael Arévalo Martínez

llez, nada en que se traten o insinúen tópicos trascendentales con tan ingenua y fresca naturalidad. Creo que ha echado Ud. el ancla en mar desconocido. Páreceme que ha sorprendido Ud. un resorte nuevo».

He aquí un ejemplo altamente excepcional por la calidad de las personal, de la reacción primera que la obra produjo en cuantos la leyeron. En conversaciones y cartas privadas y en algún artículo efímero se reconoce y establece por un número de escogidos un valor literario de primer orden, sin que éste trascienda al público general. Todavía en 1927 continúa este proceso lento, oscuro y azaroso. Gabriela Mistral escribe también en carta privada: «¡Qué talento tan fascinante tiene en Ud. su Centroamérica! Debería un gobierno honrarse con editarlo. Ud. es un clásico vivo, una mente tan fina como la de Darío... Hemos leído sus libros en un pequeño círculo amigo, con una admiración efusiva, prolongada y fraternal. Su *Hombre que parecía un caballo* es una de las lecturas perfectas que me ha dado la vida; sus versos eran ya vieja estimación mía» Y José Vasconcelos: «Desde hace años lo admiro y lo quiero; desde que leí sus libros... En recuerdo de las horas de delirio y belleza que me produjo *El hombre que parecía un caballo*...»

No se trata de cumplimientos—dirigidos a un joven de Guatemala a quien nadie ha visto ni conoce—, sino de una apreciación sincera. Las figuras de más autoridad en Hispanoamérica saludaban en Rafael Arévalo Martínez a un escritor nuevo, de valor único, que se destacaba con una personalidad propia inconfundible entre los jóvenes de la nueva generación. Yo que no tengo autoridad alguna, hubiera dicho lo mismo. Esperaba con vivo deseo ver publicadas otras obras suyas y saber más de él. De manera fragmentaria y confusa he ido poco a poco sabiendo algunas cosas—que son las que ahora trasmito al lector en la misma forma confusa y fragmentaria en que las recibí, para que se forme idea de como vive a veces la literatura hispanoamericana, objeto de nuestro interés y nuestro estudio.

En un periódico vi una vez una poesía de Arévalo Martínez que llamó mi atención tanto como su prosa. La copio porque es breve y porque en ella el autor habla de sí mismo:

Retrato de mujer

Ella es una muchacha muy gorda y muy fea; pero con un gran contento interior. Su vida es buena como la de las vacas de su aldea y de mí posee mi mejor amor.

Es llena de vida como la mañana; sus actividades no encuentran reposo; es gorda, es buena, es alegre y es sana, yo la amo por flaco, por malo, por triste y por ocioso.

En mi bohemia, cuando verde copa se derramaba, demasiado henchida, ella cosió botones a mi ropa y solidaridades a mi vida.

Ella es de esas mujeres madres de todos los que nacieron tristes o viven beodos; de todos los que arrastran penosamente, pisando sobre abrojos, su vida trunca. Ella substituyó a la hermana ausente y a la esposa que no he tenido nunca.

Cuando se pone en jarras, parece un asa de tinajo cada brazo suyo; es tan buena ama de casa que cuando mi existencia vió manchada y helada y [destruida], la lavó, la aplanchó; y luego, paciente, la cosió por dos lados a la vida y la ha tendido al sol piadosamente.

Esta y otras dos o tres poesías publicadas en el *Repertorio Americano*, y un cuento, muy bello y original titulado *El hombre verde*, es todo lo que en los diez años pasados había logrado ver de un autor por el que sentía tanta curiosidad y estimación. Las escasas muestras que logré conocer de su poesía me llevaron a mirarle como a uno de los primeros superadores del modernismo imperante en América y como uno de los iniciadores de la nueva poesía que ya se está también extendiendo y generalizando. Además, las confesiones líricas de sus versos, aunque breves, empezaban a familiarizarme con la intimidad humana del escritor tan admirado y sin embargo desconocido, y por el cual, gracias a lo poco que de él sabía, empezaba a sentir una viva simpatía. Adivinaba bajo el aparente cinismo de sus versos un alma atormentada, ultrasensitiva, enferma; un alma buena, profunda, religiosa, como la de Rubén Darío, la de Evaristo Carriego, la de Florencio Sánchez y otros grandes espíritus de América que vivieron torturados o murieron en flor. Y me inquieté por él.

Mis sospechas se vieron confirmadas por una noticia publicada en el *Repertorio Americano* en 1921 en la que se hablaba de su enfermedad. Se daba cuenta de cómo sus amigos de Guatemala le habían enviado a los Estados Unidos con objeto de que atendiera a la curación de una enfermedad psíquica indefinida,—híperestesia, neurastenia, cansancio. Su estado de ánimo, sin embargo, se agravó con la soledad de la patria y de la familia, y muy pronto tuvieron que devolverle a ellas. Un amigo suyo, testigo de su estancia en los Estados Unidos, lo describe así: «Se necesita tratar personalmente a este ultrasensitivo y ultramontano poeta para convencerse de su sincero fanatismo que lo lleva a los últimos extravíos de la mente y lo transporta a ese terreno dudoso que radica entre la locura y el genio. Su misticismo no tiene nada de retórico. Es un caso auténtico de un gran enfermo de la incurable enfermedad de haber nacido. No se le puede uno acercar

sin contagiarse algo de su locura espiritual, ni se le puede abandonar sin sentir algo de esa inmensa conmiseración que se siente por un niño o un anciano indefensos entregados a los pavores de cruzar una montaña en noche oscura. Él comprende su debilidad y se entrega todo, en cuerpo y alma, a la sombra protectora de los que considera sus superiores, sólo porque están mejor organizados para esta dura pelea del diario vivir».

Un alma grande en un cuerpo débil, impulsos puros y actos impuros, ambición e impotencia, religiosidad y sensualidad, sensibilidad exquisita y vida vulgar, universalidad y aislamiento: dolor, tragedia, la misma que han sufrido tantos espíritus superiores de la humanidad de todos los tiempos. Poco después llegó a mí por la prensa la noticia de su muerte, noticia escueta y sin comentarios. Y no volví a saber nada de él. No me llamó la atención que no se comentase su desaparición, porque los puros escritores, salvo en casos excepcionales, suelen pasar inadvertidos para la prensa y por el aislamiento en que viven los países hispanoamericanos. El verano pasado murió en Nueva York Manuel Díaz Rodríguez, el ensayista y novelista hispanoamericano de mayor prestigio después de Rodó, y apenas si he visto todavía señales de que el mundo de habla española se haya enterado. Naturalmente esta indiferencia o más bien dificultad de enterarse de los hechos de la vida y muerte de los autores, no impide que se mantenga el culto de ellos y sus obras, las cuales al fin pasan a la historia literaria y a las colecciones de clásicos de los diferentes países. Pero sólo una pequeña parte de la producción literaria de Hispanoamérica entra en rigor en el caudal de la literatura general hispánica, al cual quedan incorporadas las obras cuando se editan en España o en Francia, cuyos medios de información y de difusión de la producción literaria son aún imperfectos para poder llevar a cabo satisfactoriamente esa función.

El caso es que estamos siempre bastante a oscuras acerca de lo que ocurre en la vida literaria de Hispanoamérica, hasta los mismos que profesionalmente nos dedicamos a su estudio. Lo más seguro que sabemos, lo sabemos por relación personal y directa con los autores mismos, procedimiento bastante primitivo y aldeano, que por no sé qué milagro del carácter español es posible que todavía se use con resultados relativamente buenos en un mundo tan vasto. Pero pueden ocurrir cosas tan absurdas como ésta de que hayamos podido creer muerto por varios años a uno de los escritores más amados y admirados de América, y que éste estuviera vivo y escribiendo en Guatemala. En el mundo hispánico se dan todavía la sorpresa y la aventura. Y he aquí que el brillante poeta español, Antonio Rey Soto, cuyo espíritu de aventura le ha llevado a Guatemala, me envía la sorpresa, tan grata, de varios libros de Rafael Arévalo Martínez. Uno de ellos, *El hombre que parecía un caballo y Las rosas de Engaddi* (Guatemala, Tip. Sánchez & de Guise, 1927) es un tomo bellamente editado «bajo los auspicios del gobierno que preside el general don Lázaro Chacón»—como Gabriela Mistral deseaba—que contiene las dos novelitas que yo leí y el tomo de versos, *Las rosas de Engaddi*, antes publicado y que nunca pude ver. Otro volumen es una nueva novela, *Las noches en el palacio de la Nunciatura* (Guatemala, Tip. Sánchez & Guise, 1927). Sigue a esta novela en el mismo tomo una novelita corta, muy bella, titulada *Sentas*, y escrita en 1910, «novela de mi primera juventud». Juntamente con estos dos volúmenes, uno que recoge lo mejor de la producción anterior y otro que la continúa, he recibido una novela, *Manuel Aldano (La lucha por la vida)* (Guatemala,

Talleres Gutenberg, 1922), fechada en 1914, novela al parecer autobiográfica que ilustra mucho el enigma de la vida y el arte de su autor. En la lista de obras del autor, dada en este tomo constan como publicadas anteriormente dos obras en verso, *Maya* y *Los atormentados* y una en prosa titulada *Una vida*. El cuento *El hombre verde*, reproducido en el *Repertorio Americano*, se dice tomado del libro *El Señor Monitot* (Guatemala, 1922).

Diez años he tardado en saber todas estas cosas de un escritor notable cuyo nombre será probablemente desconocido para la inmensa mayoría de los lectores de esta revista. Las peripecias que he contado en este artículo tienen un valor y una significación

mucho mayores que el de la mera curiosidad. Ilustran acerca de las condiciones en que se produce la literatura de Hispanoamérica y de las dificultades que hay que vencer y los métodos que hay que usar para estudiarla e interpretarla. Mucho tendría que decir sobre estas obras recién recibidas de Arévalo Martínez; pero creo que su obra es de tal valor e importancia que requiere un estudio de conjunto que me propongo hacer aparte con el debido detenimiento. Me limito ahora a saludar con alegría la resurrección del amado escritor, esperando que para bien de las letras hispanas tengamos que dar cuenta en esta sección de muchas obras nuevas suyas antes de hacer—dentro de muchos años—su auténtica necrología.

Federico de Onís

Columbia University.

La protesta de Haya Delatorre

Lo urgente es continuar llamando al espíritu de unión

Ciudad de Guatemala, C. A.
18 de agosto de 1928.

Mi querido señor García Monge:

A estas horas debe Ud. estar ya informado de la clausura de la revista *Ariel* de nuestro gran Froylán Turcios. Este úkase del servil Paz Barahona, digno colega de Adolfo Díaz, se debe a una orden del ministro yanqui que en Honduras como en muchos países nuestros, son los verdaderos virreyes del nuevo imperio. El pretexto es la necesidad de adular a los Estados Unidos mientras resuelva la cuestión de límites con Guatemala.

Es indignante la complicidad de ciertos elementos llamados dirigentes de nuestros países con las intrigas del imperialismo. Quieren llamarse a ignorantes de que el provocador de todos estos conflictos es el imperialismo. La intriga yanqui para separar y violentar a Guatemala y Honduras ha tenido dos objetivos bien claros. El primero, acallar, como que han acallado, el clamor popular de protesta por los crímenes de Nicaragua en ambos países y el segundo, llevarlos ante el Tribunal Centroamericano que integrarán los representantes del gobierno espúreo de Adolfo Díaz, compeliendo así a dos gobiernos centroamericanos a reconocer al traidor del pueblo hermano como a su verdadero representante. ¡Y la intriga ha salido victoriosa! Para afirmarla, el ministro yanqui en Tegucigalpa aconsejó al genuflexo Paz Barahona hacer la farsa del rechazo del tribunal y proclamar a Coolidge, el fracasado juez de Tacna y Arica, como árbitro. La farsa continuó con la nota drástica de Kellogg que ha reafirmado la tesis en favor de la intervención del Tribunal Centroamericano, que esconde el reconocimiento de Díaz. ¡Y todo esto no se quiere ver! Paz Barahona, agente desgraciado del imperialismo, ha sido el títere flexible. Por eso ha clausurado la revista de Turcios que honra a Honduras y a Nuestra América y por eso proclama impudicamente que a costa de humillación y de indignidad se alcanza «justicia».

Esa nociva propaganda del imperialismo cunde. Aquí mismo, en Guatemala, ya el Director de *Nuestro Diario* señor Hernández de León, ha sostenido la tesis de adular para obtener «justicia». *Nuestro Diario*, cuyo director firmó con muchos otros intelectuales guatemaltecos la invitación pública que me obligó a venir, sostiene ahora que mi visita es *inoportuna* por el asunto de límites. Yo he citado inmediatamente a ese sostenedor de la tesis «paz barahonica» a un

debate público. Estoy esperando que responda. Es preciso ser implacables con estos voceros de la humillación y del sometimiento de nuestros pueblos como precio del favor yanqui. A esto se le llama patriotismo! Y ese «patriotismo» sirve para disimular concupiscencias inconfesables.

Mas hay algo optimista para nosotros: así como estoy seguro que el pueblo de Honduras sufre con dolor la vergüenza de un gobierno traidor y no siente ni puede sentir odio por el pueblo guatemalteco, así,—lo he visto muy de cerca, amigo mío,—este noble pueblo de Guatemala tampoco siente odio por el de Honduras. La intriga yanqui ha fracasado y fracasará. He sentido muy de cerca el desdén del pueblo de Guatemala por las intrigas imperialistas. En Occidente, en ese gran Occidente que nos honra a todos por su virilidad y su amor a la libertad, la opinión es francamente unionista y francamente anti-imperialista. Los occidentales que estarían listos a dar su última gota de sangre luchando contra los soldados del imperialismo, arrojarían las armas y abrazarían fervorosamente a sus hermanos de Honduras invitándoles a derribar a su gobierno traidor, traficante del crimen fratricida.

Yo no creí, amigo mío, encontrar tanta fe y tanta fortaleza en el pueblo centroamericano. La propaganda yanqui y los oficialismos traidores,—y cierta prensa, la prensa corruptora que paga el oro de las compañías a cambio de buenos automóviles para los directores y bonitas ediciones con grabados yanquis—, presentan ante el mundo a Centroamérica como a pueblos de rodillas. Pero ¡cuán distinta es la realidad! El día que la nueva generación derribe a la vieja. El día que la nueva conciencia centroamericana logre convertirse en fuerza que arroje a los imperialistas del poder, el mundo se sorprenderá, estoy seguro. Porque si Centroamérica ha dado monstruos como Chamorro, Paz Barahona, Moncada y tantos otros, ha dado a Sandino, figura gloriosa e inmortal. Y tras él hay miles de héroes anónimos en la acción o en el trance magnífico de convertirse en soldados gloriosos de la libertad.

Ya debe estar usted informado de la fundación del *Apra Centroamericana* con sede en Quezaltenango. Aquel día memorable, miles de hombres, mujeres y niños juraron la bandera de la unidad latinoamericana. Muchachos de quince años, saltaron a la tribuna para maldecir el divisionismo, para enviar mensajes de fraternidad al pueblo hondureño y al pueblo centroamericano todo

y para prometer luchar hasta el fin por la anhelada unión de Nuestra América. ¡Yo creía por momentos que estaba viviendo el país del ensueño! Pero poco a poco voy descubriendo la fecunda realidad de estos pueblos. Mientras los gobiernos se comprometen y traicionan, las juventudes van llenando sus corazones de la ira santa que un día nos traerá la justicia.

El golpe que recibimos todos con el atropello de que es víctima Turcios debe darnos nuevos alientos. Hay que gritar a los pueblos centroamericanos que la división por fronteras, que el celo localista, que el separatismo suicida enmascarado de «patriotismo» son armas eficaces del imperialismo. Hay que repetir mil veces el llamamiento a la unión. Hay que decirles que la dignidad nacional no está en humillarse ante el enemigo imperialista para conseguir la derrota del hermano. Y hay que llamar traidor a cualquier gobierno que arrastre a nuestros pueblos a la lucha entre ellos.

Yo lo he dicho. La suerte de estar aquí me ha permitido repetir cara a cara a las multitudes lo que habría gritado desde lejos.

Haya Delatorre

El hombre que parecía un caballo

(Viene de la página 168)

comían tamales negros, gallo en chicha y otras viandas de la tierra. Pero resplandecía de confianza en la vida, de seguridad en sus fuerzas íntimas, y a la miseria de Arévalo Martínez oponía imprevistos y siempre eficaces recursos, en algunos de los cuales la paradoja era tan solemne como la creación de un nuevo sistema estelar. La grulla lírica parpadeaba de asombro. Fue así como una vez en que el autor de *El hombre que parecía un caballo* había llegado a visitarlo, irrumpiendo con rostro lastimero en medio de la tertulia iluminada de los poetas. Arenales se levantó con ademán de pegaso que va a volar, e invitó a los amigos a dar una lección de alegría, de potencia, de recia masculinidad, al ser mendigo y claudicante que iba a dar un tinte fúnebre a esa tarde azul y rubia.

—Pero si no hay dinero, ni un mugriendo papel de a peso ¿qué vamos a hacer?, interrumpió uno de los compañeros.

—A tomar un automóvil, repuso Arenales.

—¿Para qué?

—Para ir a buscar con qué pagarlo.

Salieron entre carcajadas, a la hora en que las luces crepusculares trasmataban en suave amatista el záfiro del aire de Guatemala. Recorrieron al son de sus líricas y juveniles trompetas la ciudad nocturna, y recitando, cantando, delirando, se bañaron por fin de alborada y regresaron al hotel de donde habían salido a la voluptuosa aventura. Sobraban algunas botellas de champaña, y se le pudo dar al chofer un puñado de oro a manera de propina.

Arévalo Martínez, ya en el climax de su deslumbramiento, afrontó entonces el arduo empeño de trazar una semblanza, entre caricatura y retrato, del magnífico señor de Aretal. El cielo y la tierra le sonreían. Su mal gusto habitual desapareció momentáneamente. Y como en un acto de supremo desquite contra todo lo que en él era desgreño, suciedad, pauperismo de alma y cuerpo, compuso los dos cuentos que constituyen su gran novela, y que pueden incorporarse sin discusión alguna en el tesoro de más pura belleza de que pueda ufanarse América. Vió a Aretal a través de su tempera-

Aunque no temía que mi palabra fuera rechazada por chauvinismos subalternos, declaro que me sentí sorprendido cuando el clamor de las masas se alzó para subrayar mis palabras con vítores a la unión de nuestros pueblos. Por eso puedo afirmarle que las intrigas del imperialismo de acuerdo con los gobiernos fracasarán por obra de los pueblos.

Lo urgente es continuar llamando al espíritu de unión. Es necesario denunciar la sórdida intriga imperialista. Hay que decir mil veces,—y lo repito ahora—, que la guerra entre Guatemala y Honduras sería el pretexto para la automática intervención yanqui. El imperialismo quiere cercar a México y Guatemala es campo necesario para su plan.

Esta carta va larga. Ya me voy acercando a Costa Rica y aunque de paso, espero verle. Mientras tanto, nuestra voz de adhesión a Turcios y nuestra protesta contra el servil gobernante hondureño que cumpliendo la orden de su amo, el ministro yanqui acaba de ofender al espíritu de América.

Muy cordialmente

novela. El conspicuo señor de los topacios, que se despedía del mundo literario entre humos de cáñamo indio y emanaciones de exquisitos licores, se reclinó en las piernas rotundas de un joven adolescente que lo acompañaba, y, apurando el cigarrillo de marihuana, me respondió con una convicción en que yo adiviné sabiduría, sencillez y dulzura:

—La obra de Arévalo Martínez es de una suprema belleza, y su belleza es su razón de ser. Yo no soy lo que él afirma; pero sé bien que el arte tiene sus fueros imprescriptibles e intangibles, como sé igualmente, por experiencias y lecturas que crear una bella alma es más difícil que pintar un bello cuadro... Mi genial amigo me vió unos instantes—no más que unos instantes—en el arduo ejercicio de vivir. Quiso aprehender lo que en mí es inaprehensible. Mi sér íntimo va a resultar en sus páginas prodigiosas, no el relámpago sino el espectro de ese relámpago en la superficie de una fotografía...

Comprendí que el exceso de marihuana oscurecía las ideas del señor de Aretal. Hubo un hondo silencio. El se irguió luego completamente:

—Mi moral — continuó — no me fue dada como una hacienda o una joya. He tenido que realizar el empeño de forjarmela. Dile a Rafael que le debo horas de inefable pureza y que su recuerdo me endulza la agonía. Y ahora, vén, acércate a mí, ciñete a mí, penetra en mí, aspira mi marihuana, comparte mi brandy, posesiónate de mi pobre riqueza lírica, y vamos los dos hacia el hondo, musical y terrible silencio de lo desconocido...

Estaba enteramente ebrio.

Al siguiente día, en *El Imparcial* de Guatemala daba yo la noticia de que Arenales se había suprimido por libre determinación, me declaraba usufructuario perpetuo de su obra de poesía, y reivindicaba como propio el imperativo que él me había señalado: forjarme una moral mía, de acuerdo con las más puras normas que me fuera dado entrever. ¡Pobre Arenales!

Porfirio Barba-Jacob

Bogotá, mayo, 1928

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA 25.

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes de la vista — Anteojos y lentes de todas clases

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los señores Médicos Oculistas

Gemelos de teatro y campo — Microscopios — Lentes de lectura

GUILLERMO RIVERA MARTIN

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

APROBADO POR LA FACULTAD DE MEDICINA DE COSTA RICA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

Correo 349

Compañeros

1

Eran jóvenes y fuertes. Siéndolo, Nicaragua necesitaba de ellos. Habían nacido en León con escasos meses de diferencia, juntos concurren a la escuela pública donde malamente aprendieron las primeras letras, para ingresar después como aprendices al oscuro taller de un viejo ebanista provinciano, dejando allí los mejores pedazos de sus años mozos.

2

Cuando arribaron a las avanzadas del Ejército Libertador, escasos requisitos precisaron para efectuar su ingreso. Mucha era la fé que traían y mucho el entusiasmo ardido en sus ojos, en sus labios, en sus palabras tumultuosas y optimistas.

Se leyeron los reglamentos inflexibles, rectilíneos, y, tendidos los brazos al espacio, prestaron el juramento indeclinable: *Libertad o Muerte*.

3

—¿Quién se siente fuerte y capaz para hacer llegar esta nota a su destino?, había interrogado el General a la 3.^a Compañía.

Primero uno, el otro enseguida, ambos salieron un paso al frente de las filas.

—Nosotros, General.

—Bien, muchachos, sólo con la vida podrán abandonar esto.

4

Marcharon jubilosos. Debían atravesar en varias ocasiones las líneas enemigas y no ignoraban la pluralidad de peligros que implicaba aquello. Lo hacían ocultos por la espesura de la montaña, arrastrándose tendidos de vientre muchas veces y, otras, aguardando las sombras propiciatorias de la noche. Y no siempre era posible colmar el hambre y saciar la sed después de las jornadas complicadas y fatigantes. Pero llegaron.

5

A su retorno, fueron sorprendidos y apresados. No admitían dudas sobre su suerte. Lo comprendían y la aceptaban. El

jefe de los marinos juzgó inútil proseguir en su interrogatorio después de las primeras respuestas —certeras, precisas, cortantes— dadas a través del intérprete, un traidor nativo:

—¿Por qué pelean ustedes?

—Porque odiamos la esclavitud.

—¿No saben que el ejército americano es el más poderoso del mundo?

—Lo sabemos, pero nos es indiferente.

—¿Pero qué esperanzas tienen, con qué armas van a proseguir luchando?

—Con las que ustedes nos llevan. El General dice que nuestro arsenal está en los Estados Unidos.

Era inútil insistir. Había que sumarlos a los cinco campesinos más apresados aquel día, sospechosos de simpatizar con Sandino, y fusilarlos. No los torturaron como a los otros, quién sabe por qué causas.

6

Frente a la llanura ancha fueron colocados todos. Ellos, uno a cada extremo de la cadena humana.

El más alto y fuerte de ambos dió un paso al frente:

—Yo quiero morir junto a mi compañero, dijo.

El marino más próximo descargó un puñetazo sobre su pecho, volviéndolo a la fila. A los *bandidos* nada estaba permitido.

7

La ametralladora funcionó dos veces, recorriendo el espacio ocupado por los siete cuerpos. Uno a uno, casi simultáneamente, fueron arqueando los troncos, flexionando las piernas y cayendo como si se desoldaran. Menos él. Tendió los brazos hacia adelante buscando un apoyo en el vacío, adelantó un paso, luego otro, torció hacia la izquierda y, lentamente, caminó casi diez metros, doblándose sin contorsiones para dejarse caer al lado del compañero de siempre.

El desconcierto producido en el pelotón de los marinos hizo que no interrumpieran éstos la realización de un anhelo más fuerte que la muerte.

8

Se llamaban Heriberto y José. Nada más.

Esteban Pavletich

San Salvador. El Salvador

Un estado de espíritu continental

=De *El Tiempo*. Bogotá=

HA sido una actitud elegante, por el espacio de cuarenta años, burlarse en España y en América de lo que con nombre poco afortunado se ha llamado hispanoamericanismo. Los puntos de vista del hombre dispuesto a negarlo todo, especialmente las más nobles y más elevadas cualidades de la persona humana, tienen aceptación fácil entre la juventud que adolece de información variada, fragmentaria y disconforme. En esta clase de espíritus prende fastuosamente el escepticismo; no aquella disposición filosófica de la inteligencia que desde Kant a Santayana procede a la investigación de los postulados fundamentales sin dar por sentado que sean verdaderos o falsos, sino la duda barata que se aplica con cuidado violento, como si fuera una distinción, a negar las virtudes que exaltan el espíritu y hacen digna la vida.

En ambiente de esta composición era y

es usual en España y en América negar la existencia de un sentimiento común, procedente de los más viejos orígenes, en las naciones que un tiempo fueron colonias de España. Una literatura de ocasión, vestida con los tropos más accesibles a las mayorías de pocas letras, literatura de alocuciones pomposas y desamparadas de sentido real, oraciones académicas o de fin de banquete sin más significado que el de la reunión preparada cuidadosamente, servían de materia a las críticas maleantes de los que se imaginaban que el sentimiento no existía, porque a veces quedaba oculto bajo la insuficiencia de los vocablos. Los unos caían en error porque se imaginaban encontrar el sentimiento donde en realidad no existía, y los otros no tenían mejor fortuna porque se contentaban con negarlo sin haberlo buscado.

Pero el tiempo, maestro de las naciones y coeficiente irremplazable de la experien-

cia, ha venido a mostrar que existe un espíritu general en el continente americano, para designar el cual las lenguas no han encontrado el vocablo más explicativo y más idóneo. Desde la frontera mejicana del norte hasta la Tierra del Fuego, hay un anhelo espiritual que junta a los hombres del continente. Tiene sus órganos de expresión en Ciudad de Méjico y en Puerto Rico, lo mismo que en el Uruguay. Leyendo *México* de Ciudad de Méjico, 1928 de Habana, el veterano *Repertorio* de García Monge en San José de Costa Rica, arpa eolia de las corrientes espirituales de América, *Amauta* de Lima, *Folha Académica* de Río de Janeiro, *Sagitario* de La Plata, y otras publicaciones (1) no menos respetables y altivas, no es posible sustrarse a la idea de que hay en todos esos voceros de la gente americana un sentimiento común que suele exteriorizarse en formas de una homogeneidad consoladora y apenas creíble. Por unos mismos ideales políticos luchan en México los hombres que en el semanario liberal de más reciente fundación le toman el pulso a la patria rudamente probada por el destino, y los jóvenes que en Montevideo o Buenos Aires reciben las ondas hertzianas del arte y del pensamiento. No es Hispanoamérica solamente; es un mundo moral y material de fronteras más extensas. Tampoco se encierra esta corriente sentimental en el calificativo de ibero ni de latinoamericano. Es un elemento moral de poder expansivo muy superior al concepto de raza, de nacionalidad, o de lenguaje. Aun fuera de nuestro mundo hay gentes que asisten al despertar de ese sentimiento y quisieran fomentar su expansión y desarrollo. Pasa las fronteras. Desafía la diversidad de idiomas. Las ideas religiosas mismas, ni lo detienen ni lo fraccionan. El precipitado general en esta reacción histórica comienza a depositarse en todos pueblos de América, en algunas comarcas al lado de sus gobiernos, en otras a pesar de ellos y de su invencible ignorancia, que es como una segunda naturaleza. Los dos precipitados son el esfuerzo continuo de los pueblos para adaptarse a su ambiente físico, y un impulso más elevado que tiende a crear el ambiente espiritual homogéneo con los auspicios de la mayor suma posible de libertad. América fue un continente descubierto para servirle de patria de elección al género humano, y ese destino manifiesto y generoso no puede cumplirse sino dentro de un régimen de completa libertad. Así lo entienden los directores intelectuales de la juventud en todos los paralelos de la voluntad y en todas las regiones del continente: no seremos hispanoamericanos ni siquiera latinoamericanos. El calificativo con que la historia universal va a designarnos al fijar las corrientes ideológicas en que se fraguara nuestro destino es el de libreamericanos, nombre contra el cual van a estrellarse y a desaparecer las aguas turbias de un fatalismo indolente y todos los aparatos de un pesimismo de ocasión, con actitudes de sabiduría o de riqueza recién adquirida.

La libertad y la adaptación al medio están haciendo y llevarán a cabo la unidad de todos los americanos, a pesar de la mayor parte de sus gobiernos. Esa unidad es una necesidad histórica y será con los años una imposición práctica. No entendemos con esto la unidad política sino la de las almas, de las formas y de las tendencias. Un bloque espiritual es a veces más consistente y más eficaz en sus atracciones e influencias que un bloque político. Seamos libreamericanos: para serlo es lo primero y más importante ser buenos colombianos.

B. Sanin Cano

(1) Como *Indoamérica*, Méjico, D. F.; *Atuei*, La Habana; *Social*, La Habana; *La Sierra*, Lima; *Renovación*, Buenos Aires. Hay más.

Mensaje de La Sierra

a la Convención Nacional de estudiantes bolivianos reunida en Cochabamba

Las fronteras de Perú y Bolivia serranos, serán borradas algún día por la reconquista de los hijos de los incas.

Haya Delatorre

No estén entonces cuerdos, ni un solo instante; batallen y forgen sin descanso; en patrias como éstas, no hacer es un pecado y todo lo demás es virtud.

Vasconcelos

Hermanos del Altiplano:

Hermanos en el plano alto que el destino nos ha colocado para forjar en la fragua del porvenir, con el tesonero esfuerzo de la inteligencia y la acción, la Patria grande de Indolatina.

Una sed de confesiones que abruma mi espíritu tiempo ha, me obliga a dirigirles la palabra en ocasión memorable, aprovechando la invitación que me hace el compañero Eduardo Ocampo Moscoso. Sé que la Convención Nacional de Estudiantes Bolivianos deliberará en Cochabamba. Hago votos porque esta Convención responda en absoluto al Nuevo Espíritu que agita la Humanidad, cuyo credo reposa en la revolución social.

Perú y Bolivia un solo pueblo en el pasado. Los cuatro *suyos* confluyeron en vital armonía en el ombligo: *Kosko*.

El Coloniaje aterró a la raza con su barbarie. La disgregación del agregado social indígena fue su obra exclusiva. Virreinos y Capitanías Generales, fueron el principio de la extinción de imperios: *azteca y keshua*.

Aquella obra de separatismo que alcanzó su grado máximo de destrucción, fue continuada por el mestizaje, ávido de la voluptuosa emoción que produce el Poder. La implantación prematura del republicanismo y su mala aplicación fue funesta para América. No hubo unidad de pensamiento y acción en los grandes caudillos. Sólo alimentaron alocado deseo de liberación, hambre de dominio feudal. De ahí que mientras los anglosajones se federan, los indolatinos nos disgregamos.

Hemos recordado la historia para ratificar nuestro común origen, y luego hablar del porvenir de los pueblos indolatinos.

Indolatina y la guerra

Si hemos de hablar de fusión federativa indolatina, nuestra primera acción será matar la causa de la desunión. Precisa extirpar del corazón de los hombres el maligno espíritu del *chauvinismo*.

Los falsos apóstoles de la democracia encontraron en el jingoísmo el falo de Próculo, para desgarrar la virginidad de las veinte naciones de América Latina, y sembrar el espíritu de discordia que nos llevó con inusitada frecuencia a guerras fratricidas. Existen insectos que mueren en el acto mismo de la generación. Quiera el porvenir que en el Pacto de Unión que pronto hemos de firmar las juventudes libres de América, muera para siempre el sentimiento guerrero, el sórdido egoísmo que empuja a un pueblo contra otro. En este Pacto de Unión, las juventudes libres de Chile, Bolivia y Perú, contemplarán con visión de armonía americana vuestras aspiraciones marítimas.

El odio al vecino fue base de la educación, en la escuela y en el hogar. «El patriotismo es la pasión de los necios y la más necia de las pasiones», y sin embargo, en aras de ese engañoso sentimiento se derramó la sangre de nuestras mejores juventudes. Al grito bélico de «las fuerzas militares del enemigo

han invadido el territorio nacional y arrastrado la bandera, símbolo de la patria», los cuarteles militares llenáronse de entusiastas voluntarios, cuya vanagloria consistía en ser los primeros en ofrendar su sangre. ¡Felizmente pasaron ya esos desgraciados tiempos! Hoy nadie piensa en guerrear, entre los hombres que pertenecemos a la Nueva Generación Revolucionaria de América. Nadie ofrecería su contingente de sangre voluntariamente. Pulgada más, pulgada menos de territorio, no son los pueblos, ni el consenso de las muchedumbres, los que reclaman, es el deseo de la satrapía de perpetuarse en el Poder, el anhelo de la burguesía para el logro de sus fantásticas ganancias económicas, la satisfacción del imperialismo que nos amenaza. El patriotismo debemos aceptarlo únicamente en el sentido de amor, libertad, justicia; patriotismo en el sentido de odio, debemos odiarle.

La muerte de la guerra por el ridículo

Las juventudes de América debemos seguir una táctica disciplinada para matar la guerra por el ridículo, además de otras formas de combatirla.

En caso que a las juventudes de dos o más pueblos americanos no les fuera posible evitar la guerra, entre naciones hermanas, procurarán enrolarse en el ejército el mayor número posible de estudiantes y aliados al pensamiento antibélico, disciplinarse y organizarse para la acción conjunta. Una vez las armas en su poder, se dará el golpe de Estado, cuyo primordial fin será poner en la frontera a los que decretaron la guerra: Presidentes de repúblicas, Poderes Ejecutivos, Estados Mayores Generales, de los países en guerra, y hacer que en duelo singular, liquiden sus existencias, ya que ellos son los únicos que desean la guerra, puesto que los pueblos modernos jamás la pedirían, si se consultara su voluntad. He ahí la muerte de la guerra por el ridículo.

Invocación

Compañeros de la Convención Nacional de Estudiantes Bolivianos, os hago un llamado en nombre de la raza, para luchar conjuntamente por la resolución del problema indígena.

Si queremos crear una auténtica cultura americana, tenemos que tornar la mirada, hacia la raíz racial viva, palpitante, de la estirpe indígena. Sólo explotando nuestra propia personalidad, puliéndonos en la urdimbre misteriosa de la trama de la vida, adquiriremos fisonomía nuestros actos, nuestra vida, nuestra cultura. La cultura precolonial perdió su continuidad con la destructora invasión española.

Hasta hoy todas las generaciones americanas se han abotagado de mimetismos bochornosos. Obra de imitación inescrupulosa y consuetudinaria, con los Códigos de Leyes, las Instituciones Políticas y Judiciales. El sistema de monarquías constitucionales que se propuso, las formas de gobierno de-

mocrático que existen, están denunciando la pobreza de espíritu organizador de los que nos libertaron de la tutela del Coloniaje.

Trabajemos por la realización de una Convención Americana de Estudiantes, de espíritu libre, cuya sede sea La Paz, en la que plantearemos palpitantes problemas indolatinos de carácter urgente, que la juventud de América tiene que resolver, y en ella juramentémonos luchar por la realización de la justicia, la armonía y la paz americanas.

Hermanos bolivianos, recibid el saludo de plena cordialidad fraternal que les envía *La Sierra*, y hagamos profesión de fe, de luchar por la humanización del indio, por la independencia nacional económica, por la armonía continental, por la supranacionalización de la prensa, y porque a los hombres del Ande, corresponda en América, la magna tarea de renovar las decadentes instituciones europeizadas, por nuevas organizaciones en las que aliente vigorosa savia de estirpe indolatina.

¡Salud a los nuevos soldados de la verdadera revolución americana!

J. Guillermo Guevara

Lima, Perú

Libros de aventuras

Hágalos llegar a la Biblioteca de su Escuela, o a su hogar, y deles una hora de gusto a sus niños. ¿A qué aprender a leer, si no se cultiva la *afición a leer*? Despiértela con libros como éstos:

Mayne Reid: <i>El jinete sin cabeza</i> , 2 vols.	5.00
Aimard: <i>Los tramperos de Arkansas...</i>	3.00
Marryat: <i>Propiedad del Rey</i> , 2 vols.	5.00
Bailantyne: <i>Los mercaderes de pieles</i> .	3.00
Assoilant: <i>Aventuras del Capitán Corcorán</i>	3.00
Kingston: <i>Salvado del mar</i>	3.00
Mayne Reid: <i>El cazador de ciervos</i> , 2 vols.	5.00
Kingston: <i>A lo largo del Amazonas</i> , 2 vols.	5.00
Fenimore Cooper: <i>El último mohicano</i> , 2 vols.	5.00
Stevenson: <i>La isla del tesoro</i>	3.00
Stevenson: <i>Aventuras de David Balfour</i>	3.00
Marryat: <i>Newton Forster</i>	3.00
Dana: <i>Dos años al pie del mástil</i>	3.00
Mayne Reid: <i>Los tiradores de rifle</i>	3.00
Gerard: <i>El matador de leones</i>	3.00
Bailantyne: <i>La isla de coral</i>	3.00
Malot: <i>Aventuras de Roman Kalbris</i>	3.00

Otras obras que también le interesan:

Pierre Bovet: <i>La psicología y la educación por la paz</i>	0.75
José Mallart: <i>La escuela productiva</i>	0.75
Gabriel Miró: <i>Del vivir, Corpus y otros cuentos</i>	3.50
Gabriel Miró: <i>La novela de un amigo</i>	3.50

De la entraña

Con este título ha publicado nuestra Corina Rodríguez un librito cordial, íntimo. Véase lo que de él dice Carmen Lyra en el prólogo:

En el umbral

Al tomar en mis manos el original de estas páginas y al recorrer la escritura irregular, he pensado—lleno el espíritu de emoción— en que fueron escritas por una mujer en espera del nacimiento del hijo que se le agita en las entrañas.

Es el mismo apasionamiento revestido de serenidad de los poemas dedicados al hijo en el libro *Desolación* de Gabriela Mistral, en cuya encantadora brevedad tanta influencia parece tener el estilo de Rabindranath Tagore.

Imagino a Corina escribiendo este libro dedicado a su hijito, nerviosa, los ojos brillantes como brasas, la melena quemada nimbándole la frente, bajo cuya nobleza el pensamiento lucha por convertir en luz las sombras que hay dentro de su sér, mientras el corazón se le derrite en el fango de su dolor y se dispone en forma de nido de amoroso plumón para meter dentro a su niño.

Esta criatura lírica y romántica no podía dejar pasar sin contarle, el sentimiento que le despertara la agitación de sus entrañas al modelarle un hijo. Pero no quiso que su canto se deshiciera en el ambiente, sino que permaneciera en el tiempo cual una huella de amor y de esperanza, y así escribió estas páginas.

No sé si el libro tenga defectos: el cariño no es crítico imparcial y por eso me es dado tan sólo, complacerme en sus virtudes: en su sinceridad que me hace pensar en una llama; en su optimismo cristalino como una corriente de agua pura que cante allí, en donde hay guijas que le muerden el alma transparente.

Quisiera ir delante de su paso, preparando los ánimos que lo han de leer, para que le abran las puertas de par en par, con mano cariñosa y sencilla sonrisa. Ya en la intimidad él mismo dirá sus poemas como los trovadores antiguos, y si el dueño de la morada siente lo bello, tendrá que comprenderlo y amarlos.

Y quieran los dioses que aquél a quien fuera dedicado, pueda cumplir el anhelo de su madre:

«Que sus manos, como las de Cristo, sanen heridas, absuelvan y bendigan. Que sus brazos construyan, luchan y venzan con hidalguía. Que cuando se los crucen sobre el pecho, concluida su misión, sean una senda de amor que se cierra para abrirse en la eternidad.»

CARMEN LYRA

Junio de 1928.

Al azar cogemos algunos de estos poemas:

Oración

Dulce Señor, deja que florezca en mí la alegría. Dame un corazón que sea el instrumento de las más generosas acciones.

Purifica mis pensamientos para que el ambiente se llene de armoniosas vibraciones que engendren amor.

Deja que olvide todo lo que pueda turbar mi serenidad, encender odios, o crear pesimismo.

Señor, no permitas que la venganza encuentre campo propicio en mi corazón, ni que para medir mis aceros descienda al plano del lugar común

Ya que por el amor voy a renacer en otro sér, haz que en él florezca mi corazón y que a mí no deba un temperamento melancólico, taciturno ni sombrío.

Perdona mis pecados, dulce Señor, y no le cobres una cuenta que no debe.

Ruego

Señor, dame fuerza para rechazar todo pensamiento sombrío, fe para que confiada en mi destino oriente mi vida y firmeza para mantener el valor de mis convicciones.

No permitas que mi hijo adolezca de melancolía o sea hombre de poca fe. No dejes que le trasmita el más leve temor de desafiar la vida, de descifrar sus enigmas y de conocer sus múltiples aspectos.

Aviva en mí la inconformidad para que mi hijo sea inconforme. No dejes que se pliegue ante lo establecido, ante la fuerza imperiosa de la tradición o de la costumbre.

No dejes que yo le trace caminos; pero dame acierto para adivinar su camino y ser su guía.

Haz que mi brazo se mantenga erecto, con la antorcha en la mano, en espera de su llegada y deja que cuando sus manecitas tiernas la tomen, se llene de luz el sendero que le toque recorrer.

Vanidad

Mi jardín ha amanecido lleno de rosas y a mí se me ocurre que el Señor las ha abierto para que mi hijo goce en su contemplación.

Las montañas se destacan altivas, se yerguen serenas y se perfilan en una atmósfera diáfana, y yo pienso en que mi hijo tenga el gesto osado y magnífico de las cumbres.

La brisa tibia me acaricia, mece mis rosales con maternal gentileza y pone una nota de dulzura en todo lo que toca, y de mi corazón asciende hasta Dios la súplica de que mi hijo sea dulce y afectuoso, y de que sus manos sean misericordiosas, y de que en él se unan, en fraternal abrazo, el valor y la ternura.

El sol fulgura esplendorosamente y yo sueño con el oro de sus cabellos.

Siento un extraño placer

Siento un extraño placer en leer una vez más el libro que leímos juntos, y encontrar-me con los renglones que tú subrayaste.

Siento como una profunda necesidad de evocarte y ponerte muy, muy cerca de mi corazón, para que mi hijo no vea cuántas heridas tiene.

Me deleita oír de nuevo la música que escuchamos juntos, y recoger de ella toda la armonía para tejer con-ella la vida de mi hijo.

¡Cómo me duele que tú no tengas mis inquietudes y que hayas puesto tan poco de tu corazón en la misteriosa vida que llevo dentro de mí, y que voy a recibir tan lejos de ti!

Aun puedo oír tu voz, ver lo que con tanto amor modelé para ti, compañero de mis mejores días, sentir tu presencia y adivinar tus pensamientos, y, sin embargo, te has alejado de mi corazón cuando más cerca debías estar!

Permite que evoque tu recuerdo, y deja que mi hijo encuentre en ti todo lo generoso, lo bueno y lo noble que llevas en lo más recóndito de tu alma.

Deja que se llene de tu optimismo, de tu alegría y de tu fuerza, y que en ti encuentre lo que en mí falta.

A la luz de la luna

Una tras otra van pasando las *chivas*,⁽¹⁾ cargadas de bananos, de frutas o atestadas de pasajeros.

Los niños del pueblo interrumpen el paso, y el chauffer se ve obligado a detenerse repetidas veces a esperar hasta que se disperse el grupo de chiquillos que canta y ríe a la luz de la luna.

Yo evoco el recuerdo de mis días de infancia, y pienso en aquellas noches diáfanas, en que como estos chiquillos, jugaba en la calle, y en que el boyero, no el chauffer, tenía que detenerse mientras nosotros acabábamos de cantar:

«Yo soy la viudita
del conde Laurel,
que quiero casarme
y no hallo con quién».

Y el coro contestaba:

«Pues si eres tan linda
y no hallas con quién,
escoge a tu gusto,
que aquí tienes cien».

Ante mí surge de nuevo, a la luz de la luna, y en la dulce paz campesina, la figurita graciosa y sutil de la chiquilla, que al colocarse en el centro cantaba:

Yo escojo a...
por ser el más bello,
el blanco jazmín
de Mayo y Abril.

Este ir y venir de las *chivas*, a la luz de la luna, trae a mi mente el recuerdo de una infancia feliz.

Por eso me enternece ver jugar a los niños, y pido a Dios, en esta hora de quietud, que bendiga la ronda en que cante mi hijo, en que juegue y ría con los niños, y que su bendición caiga también sobre estos pequeños que han servido de puente entre El y yo.

Deseo

A Carmen Lyra

Que el pecho de mi niño sea noble y que en él no se alberguen las sombras jamás. Que se ofrezca para defender al amigo, para defender el ideal o la causa de su convicción. Que se descubra para que en él se clave el dardo que pueda herir al hermano.

Que sus manos, como las de Cristo, sanen heridas, absuelvan y bendigan. Que sus brazos construyan, luchan y venzan con hidalguía. Que cuando se los crucen sobre el pecho, concluida su misión, sean una senda de amor que se cierra para abrirse en la eternidad.

Mi surco

A Carmen Lyra

Mi surco eres tú. Lo abrí con la sangre, con el alma y con la fe.

Al sembrar en él, sé que planto en un predio del Señor.

Mi surco está lleno de luz. Tú serás una flor de santidad.

Mi surco está empapado en la ternura de una sonrisa, que es lloro de mansedumbre.

Está abierto para llenarlo de perfección.

Que la paz llueva en él y que de lo hondo surja tu espíritu como un árbol perfumado.

Que el peso de los nidos no le doblegue. Que su fronda sepa cubrir, y que en él se alberguen el canto y el amor.

Un precioso librito⁽²⁾, el de Corina, como se ve; lleno de ternura y elevación, sacado de los hondos del alma. — Lo releemos.

Corina Rodríguez de Cornick

(1) Nótese que *chiva* es un camión.
(2) Corina Rodríguez de Cornick: *De la entraña*. 1928. Imp. Lehmann. San José, C. R.

Tablero

= 1928 =

El artículo de Lugones con que se engalana la primera página de esta entrega, se saca a propósito del arribo a nuestras playas del Pacífico, de la fragata argentina *Presidente Sarmiento*.

Señas de escritores:

Alberto Nin. Frías.—Lavalle 555. Villa Ballester. F. C. C. A. Rep. Argentina.

Ernesto Morales.—Vicente López. F. C. C. A. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Carlos Deambrosis Martins.—3, Villa Jean Godart. París. France.

Alberto Guillén.—Pacaé, 951. Lima. Perú.

Con *El rosario de marfil*, de Luis Dobles Segreda, continúa el poeta colombiano G. Castañeda Aragón los cuadernos de la serie titulada *La novela corta*. Antes ha publicado una de Max. Jiménez (*Unos fantoches*) y continuará con otras de Tovar, Gonzalo Chacón, Jenaro Cardona, Rafael Estrada, etc., etc. Ya tienen, pues, los autores nacionales una ocasión de lucir sus galas en ediciones sencillas, pulcras y económicas. ¡Tamaño bien le debe el país al señor Castañeda Aragón! Por lo que nos toca, le damos las gracias sentidas y le decimos: ¡adelante! Y a los que aquí leen ¿cuántos serán?... que lo apoyen!

Las buenas palabras. Así son, por lo generosas, las de J. M. Arce, amigo y estimador. No se imagina cómo se las agradecemos. J. M. Arce es uno de los Profesores jóvenes de Costa Rica que más valen. Ha viajado. Estudia. Es modesto. ¿Cuántos lo conocen? Ahora trabaja en el Depto. de Lenguas Románicas del Darmouth College, en Hanover, N. H., U. S. A.

Se expresa el Sr. Arce en estos términos:

Nueva York, 16 de agosto

Sr. Director del *Diario de Costa Rica*

San José,

Costa Rica.

Muy señor mío:

En la última entrega de la *Revista de Estudios Hispánicos* aparece un artículo de su Director, D. Federico de Onís, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Columbia, de Nueva York, titulado *Resurrección de Arévalo Martínez*, que, aparte de su lectura sugestiva, atrae en particular la atención del lector costarricense por las elogiosas apreciaciones que hace de paso sobre la personalidad de D. Joaquín García Monge. El Sr. Onís es ya bien conocido en España y América por su exposición enaltecida y al mismo tiempo objetiva de la cultura española desde su cátedra universitaria, por las activas entidades culturales que ha organizado y por su prestigio como crítico y ensayista de disciplinado intelecto y finísima intuición. Su voz tiene el timbre de autoridad que hace todavía más significativas sus palabras.

«La primera noticia que llegó a mí de este autor guatemalteco (Arévalo Martínez) —dice— fué a través de un tomito publicado en Costa Rica por J. García Monge. En este caso, como en otros tantos, ha sido García Monge el descubridor y difundidor de nuevos valores hispanoamericanos. De la obra de este hombre benemérito habrá que hablar algún día despacio. Baste decir ahora que su *Repertorio Americano* y las ediciones diversas que desde hace diez y seis años viene publicando, constituyen el órgano más elevado y eficaz de comunión intelectual y literaria de Hispanoamérica... Sin la edición o reedición de García Monge el libro hubiera quedado inédito de hecho y su descubrimiento posterior hubiera sido tardío y dudoso. A través de ella llegó la obra a un círculo más amplio, formado por todas las personas con quienes García Monge mantiene desde su rincón de San José de

Costa Rica un íntimo contacto espiritual. Este círculo, aunque en cierto modo privado y formado en torno a una sola persona, comprende a todos los trabajadores intelectuales de Hispanoamérica y de España que, aunque separados, se sienten unidos por la común aspiración a conocerse los unos a los otros».

El alto concepto de la obra de García Monge que estas frases encierran no se puede enunciar de manera más clara y espontánea. No hay en ellas reservas acotadoras. De hecho, formulan definitivamente una idea que viene abriéndose campo en la mentalidad de España y del Nuevo Mundo y que es necesario hacer penetrar también en la conciencia de los costarricenses.

Dé Ud. acogida en sus columnas, Señor Director, a esta nota informativa y contribuya de esa manera a que sea profeta en su patria quien tanta honra refleja sobre ella en el extranjero. Se lo agradecerán sus lectores tanto como se lo agradece de veras

S. A. S. S.,

J. M. ARCE

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega ₡ 0.50
El tomo (24 entregas)..... 12.00
El año, para el exterior: 2
tomos de 24 entregas cada
uno (oro am.).... \$ 6.00

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Testimonios

Acaso la razón de no adoptar francamente la monarquía las comunidades de mercaderes sea cierto desdén que muestran siempre los ricos hacia el gobierno, que saben pueden comprar con sus tesoros. ¿Para qué un título de rey, cuando se dispone del poder sin su responsabilidad ni sus molestias?—*José Pijoán*.

De la manera de comerciar de los fenicios, tenemos también referencias en los escritores clásicos. Como todos los comerciantes, eran honrados sólo cuando les tenía cuenta proceder con cierta dosis de moral. Es el principio que han definido los modernos norteamericanos diciendo que *conviene ser honrado en el comercio*. ¡Pobre moral, sin embargo, la que se practica solamente porque aprovecha!—*José Pijoán*.

Hemos recibido en esta semana las últimas ediciones de ESPASA-CALPE.

Helas aquí:

Héctor Malot: *Sin familia*. 2 vols. ... ₡ 3.50

Esta novela debe estar en las Bibliotecas Escolares.

Calderón de la Barca: *La vida es sueño*. 1.00
Lope de Vega: *La Dorotea*. 2 vols. ... 2.25
Shakespeare: *A buen fin no hay mal principio* 1.00
Tirso de Molina: *Cigarrales de Toledo* 2.25
Goethe: *Las afinidades electivas*. 2 vols. 2.00
A. S. Eddington: *Estrellas y átomos*. 4.25
Federico García Lorca: *Romancero gitano* (1924-1927) 2.25
Augusto L. Mayer: *Historia de la pintura española*. 1 vol. Pasta 35.00

De la Editorial BABEL, de Buenos Aires, hemos recibido estas obras:

Pedro Henríquez Ureña: *Seis ensayos*. ₡ 4.00
Horacio Quiroga: *El salvaje* 4.00
Roberto Gache: *Baile y filosofía* 4.00
Roberto Gache: *París*. Glosario argentino 4.00

NUEVA EMPRESA



Taller de reparación de automotores
SANARRUSIA Y LEITÓN

Lado Sur del Teatro Nacional

Teléfono 488.

Apartado 1108.

Un éxito de librería

Hace algún tiempo el *Repertorio Americano*, que con tan alto ideal americanista y refinada selección literaria dirige en San José de Costa Rica don Joaquín García Monge, abrió una encuesta entre los más reputados escritores para que respondieran a estas preguntas: ¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros? ¿No lee el público hispanoamericano o no le interesan sus escritores? ¿Cuáles son las lecturas o los autores que tal público prefiere?

Las respuestas, como es de suponerse, no fueron unánimes. Unos atribuyeron la poca venta y las pocas ediciones de libros a la rapacidad de los editores y libreros; otros a la falta de crítica, a la escasa cultura seria del gran público y a la novelaría que hace preferir la producción extranjera a la nacional, aunque en ésta aparezcan libros dignos, en muchos casos, de la atención y aun de la simpatía del pueblo y de las personas ilustradas.

Traemos a la memoria la encuesta del *Repertorio Americano* al saber, de la mejor fuente, el éxito de librería alcanzado por una obra colombiana en Colombia. Hace seis meses se dió a la venta en Bogotá y en las principales ciudades del país, publicado por la Editorial de *Cromos*, un libro de 300 páginas, en papel de lujo y por su contenido superior al nivel intelectual común a la multitud, y la edición de ese libro está agotada; y en Colombia, sólo en Colombia, se han vendido mil ejemplares al precio de \$ 1.20. Ese libro se llama *En el País de los Dioses*, y es autor nuestro colaborador y amigo don Cornelio Hispano.

El y los editores son merecedores de los más francos parabienes porque han confirmado el crédito (últimamente discutido,) que tenemos de país amante de las bellas letras.

El Tiempo.—Agosto 9, 1928.

La Doctrina de Monroe

Costa Rica, la pequeña república sin tacha y sin miedo, ha resuelto colgarle el cascabel al gato, y le ha planteado a la Liga de las Naciones un agudo problema. Mientras la Liga no defina el alcance de la Doctrina de Monroe, es inútil la presencia de las repúblicas latinoamericanas en aquella sociedad. Si la doctrina de Monroe supone el derecho de tutoría de los Estados Unidos sobre el resto del continente, y si la Liga acepta y sanciona ese derecho, está de más la participación de estas repúblicas en el aerópago de Ginebra. La Liga nada tendría que hacer con este hemisferio, entregado al brazo secular de nuestro grande hermano mayor. Y si la Liga da a la doctrina de Monroe otra interpretación; si la declara caducada y sin efecto, entonces, ah! entonces sería otra cosa; pero la Liga no dirá nada. La Liga se declarará incompetente. Y Costa Rica, situándose dentro de la lógica, preferirá quedarse en casa.

En todo caso, el gesto de Costa Rica es digno de aplauso. Representa una de esas actitudes que jamás adoptará la cancillería de los regímenes conservadores de Colombia.

(El Tiempo, Bogotá).

Índice de libros.—George Gissing: *The Private Papers of Henry Ryecroft*.
Walton: *Life of Hooker*.

Referencias.—Por esto *La Galatea* tiene una propia representación de vida, de vida que se quiere vivir, pero de vida al fin. Sus

páginas, perpetua fiesta de los sentidos y del espíritu, expresan una aspiración, un deseo ferviente de quietud, de moderación, de templanza en su espíritu (1) turbado, a quien la fortuna, siempre adversa, dió una existencia dura, inquieta, casi aventurera.—Cita de *José Ma. Chacón y Calvo*.

La idealidad lírica se consigue en dos versos que anuncian ya el romance más etéreo de todo el *Romancero*, tan vago que parece imposible se haya elaborado en el radiante Mediodía: el del *Conde Arnaldos*, aquel que pondera por modo tan maravilloso los efectos de la música, que para encontrar su igual—no en el *Romancero* sino en toda la literatura castellana—tenemos que llegar a la alta poesía del divino Fr. Luis.—Cita de *José Ma. Chacón y Calvo*.

... aparecía una nueva obra de Justo de Lara, maestro desde su juventud de las letras castellanas, *El Quijote y su época*, que es, hasta el presente, el esfuerzo más sintético, la obra de más armonioso conjunto que ha producido la evolución americana, sobre ese tema inagotable.—Cita de *José Ma. Chacón y Calvo*.

Mi Gibbon (*The Decline and Fall of the Roman Empire*) mis bien empastados diez tomos, en la edición de Milman, que he leído y releído durante más de treinta años.—Cita de *George Gissing*.

Anabasis es una admirable obra de arte, única por el combinar de la narración concisa y rápida con el color y lo pintoresco. Herodoto escribió una prosa épica, en la que siempre está delante de nosotros la personalidad del autor. Jenofonte creó

(1) El de Cervantes.

la novela histórica, con la curiosidad y el amor de aventura peculiares de la raza, pero de sí mismo se descuida a fin de lograr una virtud artística nueva.—Cita de *George Gissing*.

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Aparece el 1.º de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispano-americanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año \$ 2.40 o £ 0-10-0.

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
48 Boulevard de Courcelles.—París (17.º)

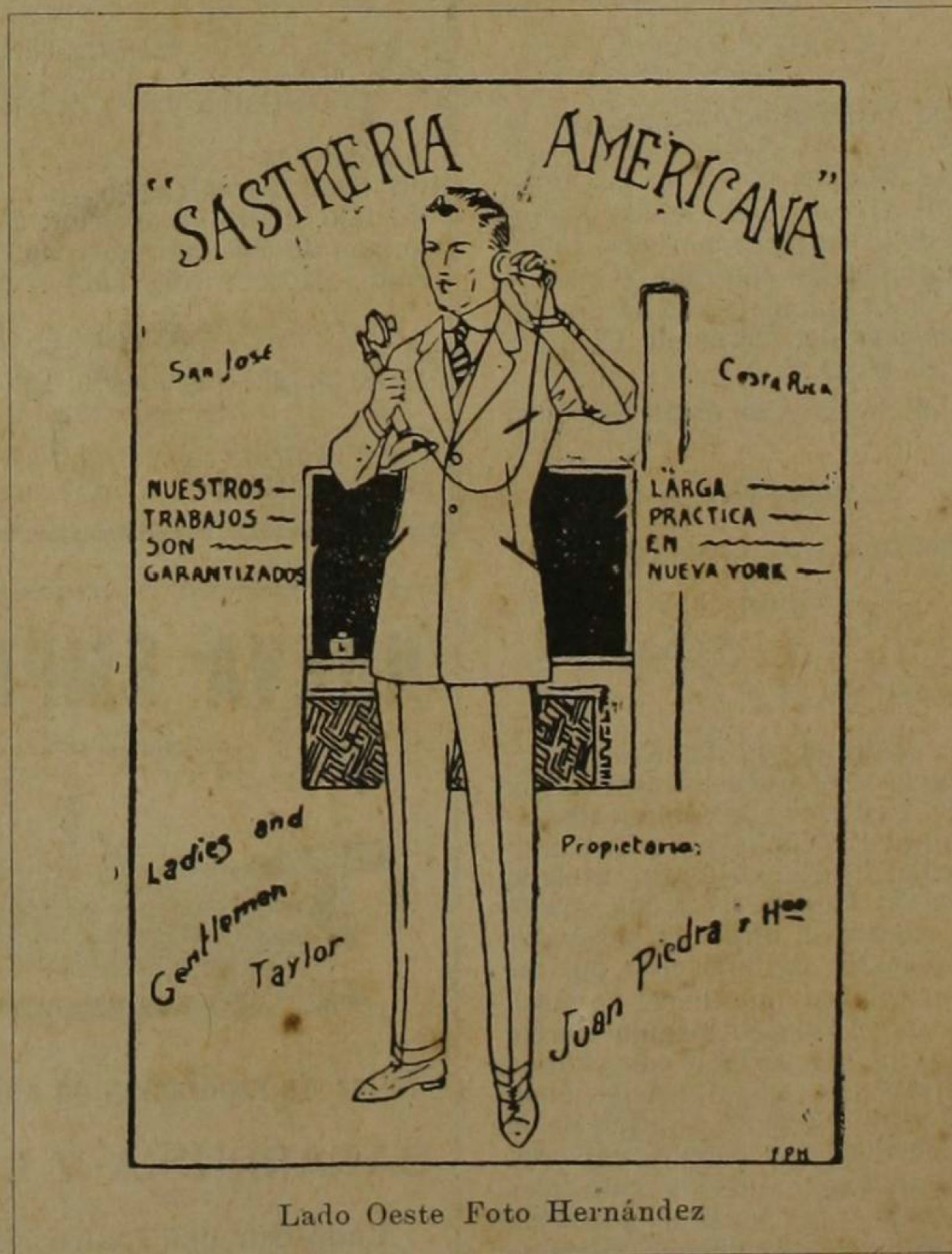
Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BRILAUNDE.

Número suelto..... UN SOL

Apartado N.º 176. Lima Perú



Lado Oeste Foto Hernández